A TRAVÉS DE LOS MUROS

CÓMO EL EJÉRCITO ISRAELÍ SE APROPIÓ DE LA TEORÍA CRÍTICA POSTMODERNA Y REINVENTÓ LA GUERRA URBANA

EYAL WEIZMAN

Traducción de Iván de los Ríos

errata naturae

COLECCIÓN
LA MUCHACHA DE DOS CABEZAS

Índice

Enjambres 21

El ataque sobre Balata 33

Geometría urbana inversa 51

Diseño por destrucción 59

Destrucción inteligente 73

Desmoronando el mundo 77

Teoría letal 85

Conflictos institucionales 97

A través de los muros. Cómo el ejército israelí se apropió de la teoría crítica postmoderna y reinventó la guerra urbana es el décimo libro de la colección La muchacha de dos cabezas. Compuesto en tipos Dante, se terminó de imprimir en los talleres de KADMOS por cuenta de ERRATA NATURAE EDITORES en abril de dos mil doce, unos ocho siglos después de que Francesco Accursius —ídolo de los jurisconsultos, aunque la enciclopedia católica diga de él que era «poco culto y nada competente en el conocimiento de los clásicos»— proclamara su famosa premisa: *Cuius est solum eius est usque ad coelum et ad inferos*, según la cual el que posee una tierra posee todo lo que queda por encima y por debajo de ésta hasta el cielo y el infierno, piedra angular de un edificio legislativo repleto de muertos, y tal vez por eso Dante, que no era precisamente inculto ni desconocía a los clásicos, sitúa a Accursius en el infierno (Inf. XV, 110).

«Durante mucho tiempo —durante años, de hecho— he estado jugando con la idea de disponer gráficamente la esfera de la vida en un mapa. Al principio pensé en un mapa ordinario, pero ahora me inclinaría por un mapa general de los trabajadores del centro de una ciudad, si es que existe tal cosa. Sin duda no existe porque ignoramos cómo será el escenario de las guerras futuras».

WALTER BENJAMIN, *Dirección única*

LA MANIOBRA LLEVADA a cabo por unidades del ejército israelí durante el ataque a la ciudad de Nablus, en Cisjordania, fue descrita por su comandante, el general Aviv Kochavi, como un ejercicio de «geometría inversa», que él mismo definió como la reorganización de la sintaxis urbana ejecutada mediante una serie de acciones micro-tácticas. Los soldados evitaron utilizar las calles, las carreteras, las avenidas y los jardines que definen la lógica del movimiento a través de las ciudades, así como las puertas exteriores, las escaleras interiores y las ventanas que constituyen el orden de un edificio. En su lugar, perforaron agujeros en los muros de linde, los techos y los

suelos, y los recorrieron a través de caminos interiores de cien metros de longitud, pasadizos domésticos ahuecados en un tejido urbano denso y contiguo. A pesar de que muchos millares de soldados israelíes y cientos de guerrilleros palestinos maniobraban simultáneamente en la ciudad, se fundieron con su tejido hasta tal punto que habrían permanecido completamente invisibles desde una perspectiva aérea. Esta clase de desplazamientos forma parte de una táctica militar a la que el ejército, empleando una metáfora tomada del mundo animal, se refiere como técnica de «enjambre». Atravesar los espacios domésticos: una maniobra que convirtió el interior en exterior y los dominios privados en vías públicas. Los combates tenían lugar en salones medio derruidos, habitaciones y pasillos. Lo que dictaba las pautas de desplazamiento no era el espacio: por el contrario, era el propio desplazamiento el que producía espacio a su alrededor. Este movimiento tridimensional a través de las paredes, los techos, los suelos y los obstáculos de la ciudad reinterpretó, cortocircuitó y recreó la sintaxis arquitectónica y urbana. La táctica del «desplazamiento a través de los muros» implicaba una concepción de la ciudad no sólo como el lugar, sino ante todo como el *medium* de la guerra:

una materia flexible, casi líquida, que permanece contingente y en perpetuo movimiento.

El geógrafo británico Stephen Graham afirma que, desde el fin de la Guerra Fría, se ha creado un vasto «campo intelectual» de carácter internacional que conforma «un mundo en la sombra de institutos militares de investigación urbana y centros estratégicos» con el fin de repensar las operaciones militares en territorio urbano. La red creciente de estos «mundos en la sombra» incluye escuelas, institutos de investigación urbana y centros de entrenamiento, así como mecanismos para el intercambio de conocimiento entre militares: congresos[1], talleres y ejercicios colectivos

[1] En enero de 2003 tuve la oportunidad de presenciar algunas de estas conferencias gracias a Stephen Graham, quien me cedió la mitad de su entrada, por valor de mil libras, para asistir a la segunda jornada del «Congreso sobre guerra urbana» que se celebra cada año en Londres y que organiza un instituto de seguridad llamado SMI. Fue un evento surrealista donde personal militar, traficantes de armas y académicos de la OTAN, el Reino Unido e Israel, así como representantes de la Corporación RAND, intercambiaron puntos de vista teóricos y prácticos sobre estrategia militar urbana y equipamientos esenciales en el salón de conferencias y durante la cena. Sobre otra conferencia militar similar organizada en 2002 por la Facultad de Geografía de la Universidad de Haifa, ver: Stephen Graham, «Remember Falluja: Demonizing Place, Constructing Atrocity», *Society and Space* 23 (2005), pp. 1-10; y Stephen Graham, «Cities and the "War on Terror"», *International Journal of Urban and Regional Research* 30 (2006), pp. 255-276.

de entrenamiento. En su intento por comprender la vida urbana, los soldados realizan cursos intensivos para dominar disciplinas como la infraestructura urbana, el análisis de sistemas complejos, la estabilidad estructural o las técnicas de construcción, y estudian una gran variedad de teorías y metodologías desarrolladas en universidades civiles contemporáneas. Existe, por tanto, una nueva relación emergente entre los conflictos armados y el urbanismo, así como un lenguaje teórico generado para dar cuenta de este vínculo. La bibliografía de algunas de las actuales instituciones militares incluye obras vinculadas con los hechos de Mayo del 68 (en particular, los escritos de aquellos teóricos que reformularon la noción de espacio: Gilles Deleuze, Félix Guattari o Guy Debord); así como propuestas críticas más recientes sobre urbanismo y arquitectura, apoyadas en teorías poscoloniales y posestructuralistas, que proliferaron desde la década de los 90. En opinión de Simon Marvin, especialista en teoría del urbanismo, el «mundo en la sombra» arquitectónico-militar está generando hoy en día programas de investigación sobre desarrollo urbano mejor financiados y más ambiciosos que la suma de todos los programas universitarios sobre esta mate-

ria[2]. Si bien tienen razón aquellos que lamentan que el espacio para la crítica se haya marchitado parcialmente en la cultura capitalista contemporánea, lo cierto es que parece haber encontrado dónde florecer en el terreno militar…

Este libro trata de dar cuenta de los destinos cruzados de la disciplina arquitectónica y de la militar. Para ello examinará las estrategias de guerra urbana del ejército israelí durante la segunda Intifada, así como la relación emergente entre la teoría crítica posmoderna y la práctica militar, al igual que los conflictos institucionales que este vínculo provocó dentro las IDF (Fuerzas Armadas Israelíes). Este análisis debería ofrecernos también una reflexión sobre la repercusión ética y política de estas prácticas.

En los últimos años, y siguiendo una tendencia global, las IDF han fundado numerosos institutos y centros de estudios en distintos niveles de su organización, exigiendo de ellos una reconceptualización de las respuestas estratégicas, tácticas y

[2] Simon Marvin, «Military Urban Research Programs: Normalising the Remote Control of Cities» (texto de la conferencia), en *Cities as Strategic Sites: Militarisation Anti-Globalization & Warfare*, Manchester, Centre for Sustainable Urban and Regional Futures, noviembre de 2002.

organizativas vinculadas al trabajo de vigilancia brutal desarrollado en los territorios ocupados, más conocido como «guerra sucia» o «de baja intensidad». Entre dichos centros destaca el Instituto de Investigación en Teoría Operacional (OTRI), en funcionamiento desde comienzos de 1996 hasta mayo de 2006, bajo la codirección de los generales de brigada Shimon Naveh y Dovik Tamari, ya retirados. El OTRI empleó a muchos otros oficiales retirados, todos ellos procedentes de las IDF y con el mismo rango. Además de ex combatientes, también acogió a muchos jóvenes investigadores, por lo general candidatos a un doctorado en Filosofía o en Ciencias Políticas de la Universidad de Tel Aviv. Su asignatura principal, Estrategia Avanzada, fue obligatoria para todos los oficiales israelíes de alto rango hasta 2003. En una entrevista que tuve la oportunidad de realizarle, Naveh resumió así la misión del OTRI: «Somos como la Compañía de Jesús. Intentamos enseñar y entrenar a nuestros soldados para que aprendan a pensar. Hemos fundado una escuela y desarrollado un plan de estudios que entrena y forma "arquitectos operacionales"»[3].

[3] Una de las bibliografías del OTRI contenía, entre otros, los títulos siguientes: Christopher Alexander, *The Timeless Way of Building: Patterns of Events, Patterns of Space, Patterns of Language*; Gregory Bateson, *Steps to an Ecology*

Moshe Ya'alon, antiguo jefe de gabinete y promotor del OTRI, describió tras su clausura la importancia del instituto: «El método del cálculo estratégico u operacional que se usa actualmente en los comandos regionales y en el gabinete general fue desarrollado en colaboración con el OTRI, que también trabajó con los norteamericanos y les enseñó los métodos que habíamos desarrollado». La colaboración entre el OTRI y las fuerzas armadas estadounidenses fue confirmada por el teniente coronel David Pere, del Cuerpo de Marines de los Estados Unidos, que en la actualidad escribe el *Manual de doctrina estratégica* para este organismo: «La influencia de Naveh y del OTRI en el discurso intelectual y en la comprensión de la dimensión estratégica de la guerra en los Estados Unidos ha sido inmensa. El

---

of Mind and *Mind and Nature: A Necessary Unity*; Beatriz Colomina, *Architecture Production*; Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Mil mesetas* y *¿Qué es filosofía?*; Clifford Geertz, *Tras los hechos: dos países, cuatro décadas y un antropólogo*; Catherine Ingraham, *Architecture and the Burdens of Linearity*; Rob Krier, *Architectural Composition*; Jean-François Lyotard, *La condición posmoderna*; Marshall McLuhan y Quentin Fiore, *El medio es el masaje. Un inventario de efectos*; W. J. Mitchell, *La lógica de la arquitectura*; Lewis Mumford, *El mito de la máquina*; Gordon Pask, *Cybernetics of Human Learning*; Ilya Prigogine, *¿Tan sólo una ilusión?* y *El fin de las certidumbres*; John Rajchman, *The Deleuze Connections*; Bernard Tschumi, *Questions of Space, Architecture and Disjunction* y *Event-Cities 2*; Paul Virilio, *La máquina de visión*.

Cuerpo de Marines norteamericanos ha comisionado una investigación basada en su mayor parte en los trabajos de Shimon [Naveh]. Nadie puede dar una conferencia sobre cuestiones militares hoy en día en Estados Unidos sin tener en cuenta los trabajos de Shimon». En opinión de Pere, también los ejércitos británico y australiano están integrando en sus doctrinas formales los conceptos desarrollados en el OTRI[4].

Una de las principales razones para que la doctrina militar israelí de operaciones urbanas se convirtiera en un referente para otros ejércitos es que, desde la Intifada, el conflicto palestino-israelí se ha desarrollado en una dimensión claramente urbana. La localización de los ataques, tanto israelíes como palestinos, se concretaba prioritariamente en las ciudades del otro. Los nuevos métodos israelíes de incursión terrestre y los bombardeos aéreos fueron perfeccionados durante la segunda Intifada y especialmente en la operación «Escudo defensivo»: una serie de bombardeos militares sobre ciudades palestinas emprendidas el 29 de marzo de 2002 en respuesta a la avalancha de ataques suicidas realizados en ciu-

[4] Las citas pertenecen a Caroline Glick, «Halutz's Stalinist Moment: Why Were Dovik Tamari and Shimon Naveh Fired?», *Jerusalem Post*, 17 de junio de 2006.

dades israelíes. Los ataques tuvieron como objetivos distintos tipos de entornos urbanos en las ciudades palestinas: una ciudad moderna como Ramala; un centro histórico de alta densidad urbana como la Kasba de Nablus; una ciudad sagrada internacional como Belén; y los campos de refugiados de Jenín, Balata y Tulkarm. El escenario urbano de estos ataques fue la razón por la que los israelíes fueron observados con mucho interés por varios ejércitos extranjeros, especialmente por los ejércitos norteamericano y británico, que por aquel entonces preparaban la invasión y ocupación de Irak[5]. De hecho, durante la operación «Escudo defensivo», Cisjordania se había convertido en un enorme laboratorio de la guerra urbana, hasta el punto de acabar con la vida de centenares de civiles y con la pérdida de importantes propiedades e infraestructuras.

Durante una entrevista, Naveh expuso las condiciones que habían empujado al ejército israelí a modificar sus métodos durante los primeros años de la segunda Intifada: «A pesar de lo mucho que se invierte en inteligencia, el combate urbano

[5] «U. S. Marines Uses Israeli Tactics in Falluja Baghdad», *Middle East Newsline*, 10 de noviembre de 2004; Justin Huggler, «Israelis Trained US Troops in Jenin-style Urban Warfare», *The Independent*, 29 de marzo de 2003; Yagil Henkin, «The Best Way Into Baghdad», *New York Times*, 3 de abril de 2003.

sigue siendo incalculable y turbio. La violencia hace que los eventos sean impredecibles y propensos al azar. No se puede establecer un guión para las batallas. Los oficiales al mando no pueden tener una perspectiva general. Las decisiones han de estar fundadas en la probabilidad, la contingencia y la oportunidad, y deben tomarse únicamente *in situ* y en tiempo real»[6]. De hecho, por lo que respecta al ejército, la guerra urbana es la última forma posmoderna de la guerra. La confianza en una batalla lógicamente estructurada y de vía única se ha disuelto ante la complejidad y la ambigüedad del tumulto urbano. Los oficiales al mando encuentran muy difícil preparar escenarios bélicos o diseñar planes de vía única. Los civiles se convierten en combatientes y los combatientes vuelven a ser civiles. La identidad puede cambiarse con la misma rapidez con la que puede disimularse el propio sexo; la transformación de una mujer en un soldado puede ser tan rápida como el tiempo que le lleva a un sol-

[6] Las entrevistas con Shimon Naveh se realizaron el 15 de septiembre de 2005 (por teléfono), el 7 de marzo de 2006 (por teléfono), el 11 de abril de 2006 y el 22-23 de mayo de 2006 (en una base militar en Glilot, cerca de Tel Aviv). Todas las transcripciones y las traducciones de las entrevistas al inglés fueron enviadas a Naveh para que las revisara y confirmara su contenido. En adelante, todas las referencias a las entrevistas remitirán a éstas, a menos que se indique lo contrario.

dado israelí «arabizado» o a un combatiente palestino camuflado sacar un arma de debajo de sus vestimentas.

De hecho, los intentos del ejército de adaptar sus prácticas y formas de organización se han inspirado en las formas de violencia de las guerrillas a las que se enfrentan. Precisamente porque se adaptan, se imitan y aprenden el uno del otro, el ejército y la guerrilla entran en un ciclo de «co-evolución». Las capacidades militares evolucionan en relación a la resistencia que encuentran, que a su vez progresa en relación a las transformaciones de la práctica militar. Pero a pesar de que el mimetismo y la apropiación de prácticas militares representan una experiencia común, los métodos ofensivos israelíes y palestinos son fundamentalmente distintos. La fracturada resistencia palestina se compone de una multiplicidad de organizaciones, cada una de las cuales consta de un sector armado más o menos independiente: Iz Adin al-Qassam para Hamás; Saraya al-Quds para la Yihad Islámica; Las Brigadas de los Mártires de Al-Aqsa para Fatah. Todas ellas se complementan con los PRC independientes (Comités de Resistencia Popular) y los miembros reales o imaginarios de Hezbolá y/o Al-Qaeda. El hecho de que estas organizaciones oscilen entre

la cooperación, la competición y el conflicto violento incrementa la complejidad general de sus interacciones y, con ello, su capacidad colectiva, su eficacia y su resistencia. El carácter difuso de la resistencia palestina y el hecho de que el conocimiento, las habilidades y las municiones sean compartidas a menudo en el interior de estas organizaciones —hasta el punto de que ocasionalmente realizan ataques conjuntos— reducen sustancialmente el efecto que persiguen las fuerzas de ocupación israelíes cuando les atacan. Ésta es la situación de partida de nuestra investigación.

ENJAMBRES

EN OPINIÓN DE SHIMON NAVEH, codirector del OTRI, una categoría central en la concepción que tienen las IDF de las nuevas técnicas de guerra urbana es la de *enjambrar*. Este término ha formado parte durante décadas de la teoría militar del ejército norteamericano, desarrollada en torno a la llamada «Revolución en asuntos militares» (RMA) que tuvo lugar tras el final de la Guerra Fría y, particularmente, en el contexto de la doctrina de la *Network Centric Warfare*, que comenzó a concebir las operaciones militares como una red de sistemas entretejidos por la información

tecnológica[1]. La teoría del enjambre intenta describir las operaciones militares como una guerra no lineal: una red constituida por una multiplicidad difusa de unidades pequeñas, semiindependientes pero coordinadas, que operan con todas las demás en una sinergia generalizada. De acuerdo con David Ronfeldt y John Arquilla, teóricos de la Corporación RAND a quienes se debe la mayor parte del desarrollo de esta doctrina militar, la asunción principal del conflicto de baja intensidad, especialmente en las ciudades, es que «se necesita una red para combatir otra red»[2]. Durante una entrevista, el general Kochavi explicó el modo en que las IDF entienden y emplean este

[1] En realidad, las nociones de «red», «no linealidad» y «enjambre» están presentes en el discurso militar desde finales de la Segunda Guerra Mundial. En 1982 fueron esenciales para el diseño de la doctrina militar norteamericana relativa a las batallas tierra-aire, que enfatiza la cooperación interdisciplinar y recomienda atacar al enemigo en sus puntos más conflictivos —puentes, barrios principales y líneas de abastecimiento—. También se utilizó para examinar la invasión soviética de Europa Central y se aplicó en la Guerra del Golfo en 1991.

[2] John Arquilla y David Ronfeldt, (eds.), *Networks and Netwars: The Future of Terror, Crime, and Militancy*, Santa Monica, Ca., RAND, 2001, p. 15; véase también David Ronfeldt, John Arquilla, Graham Fuller y Melissa Fuller, *The Zapatista «Social Netwar» in Mexico*, Santa Monica, Ca., RAND, 1998. En el último de estos libros, los autores explican que la técnica de enjambre se empleó históricamente en la guerra de tribus nómadas y, actualmente, es asumida por diferentes organizaciones a lo largo de todo el espectro del conflicto político-social (organizaciones terroristas, guerrillas, criminales mafiosos, activistas sociales no violentos…).

concepto: «Un estado militar cuyo enemigo está disperso como una red de bandas organizadas con extrema flexibilidad debe liberarse a sí mismo del viejo concepto de la línea recta, unidades en formación lineal, regimientos y batallones... y convertirse en algo mucho más difuso y disperso, flexible, algo parecido a un enjambre. De hecho, debe ajustarse a la capacidad furtiva y sigilosa del enemigo. En pocas palabras, la técnica del enjambre consiste en la llegada simultánea a un objetivo de un gran número de nódulos, si es posible desde los 360º, que actúan con relativa autonomía». En opinión de Gal Hirsch, otro licenciado en el OTRI, la técnica del enjambre crea un «zumbido ruidoso» que hace muy difícil para el enemigo saber dónde está el ejército y en qué dirección se está moviendo[3]. Por su parte, Naveh afirma que un enjambre «no tiene forma, parte trasera o flancos, sino que se mueve como una nube» (y su afirmación parece ser una referencia directa a T. E. Lawrence —Lawrence de Arabia—, en cuyo libro *Los siete pilares de la sabiduría*, afirma que las guerrillas deberían operar como si fueran una nube de gas, y que deberían ser evaluadas

[3] Gal Hirsch, «On Dinosaurs and Hornets: A Critical View on Operational Moulds in Asymmetric Conflicts», *RUSI Journal*, agosto de 2003, p. 63.

por su localización, velocidad y densidad, más que por su poder y tamaño).

En realidad, este término deriva del principio conocido como *inteligencia de enjambre*. Según esta noción, la capacidad para resolver determinados problemas se encuentra en la interacción y comunicación de agentes relativamente poco sofisticados (hormigas, pájaros, abejas, soldados) sin (o con escaso) control centralizado. La *inteligencia de enjambre*, en efecto, es un sistema de pensamiento no lineal y no serial. El término remite por tanto a la inteligencia general de un sistema en la medida en la que ésta es mayor que la inteligencia combinada que resulta de sus partes constitutivas. Un enjambre «aprende» a través de la interacción de sus elementos, mediante su adaptación a situaciones emergentes y reaccionando a contextos cambiantes[4].

Del mismo modo, las técnicas militares de enjambre descansan sobre un modelo no lineal: reduciendo los umbrales de la toma de decisiones al nivel inmediatamente táctico, estimulando la iniciativa local, junto con la habilidad de comu-

[4] Eric Bonabeau, Marco Dorigo y Guy Theraulaz, *Swarm Intelligence: From Natural to Artificial Systems*, Oxford, Oxford University Press, 1999; Sean J. A. Edwards, *Swarming on the Battlefield: Past, Present and Future*, Santa Monica Ca., RAND, 2000; Arquilla y Ronfeldt, *op. cit.*

nicar y coordinar la acción entre las diferentes partes de una fuerza militar. Mediante la comunicación y la combinación de los distintos puntos difusos de una misma perspectiva, un enjambre militar debe desarrollar de manera colectiva una «imagen de la batalla» y proveer respuestas locales ante las formas de incertidumbre, azar, errores y eventualidades imprevisibles a las que ya en el siglo XIX el teórico militar Carl von Clausewitz se refiriera con un término mecánico: fricción[5]. De hecho, el primer requisito del enjambre, la difusión del mando durante el combate, aparecía ya en la visión de Clausewitz de las guerras modernas durante la era napoleónica. El mando napoleónico estaba basado en la asunción de que ni siquiera el mejor plan de operaciones podría anticipar las vicisitudes de la guerra, y que los comandantes deben ser alentados a la toma de decisiones tácticas *in situ*. Este principio se convirtió en un presupuesto central en el caso del general decimonónico Moltke y su *Auftragstaktik*

[5] La noción de «fricción» hace referencia a las incertidumbres, los errores, los accidentes, las dificultades técnicas, lo impredecible y sus efectos sobre la decisión, la moral y las acciones. Véase: Peter Paret, «Clausewitz», en Peter Paret, *Makers of Modern Strategy: From Machiavelli to the Nuclear Age*, Oxford, Oxford University Press, 1986, pp. 197-202; así como Carl von Clausewitz, *On War*, Michael Howard y Peter Paret (eds.), Princeton, Princeton University Press, 1976, pp. 119-121.

o «táctica de misión orientada». Moltke se abstenía de hacer públicas las órdenes más importantes: «Una orden ha de contener todo lo que un comandante no puede hacer por sí mismo, pero nada más»[6].

La llamada «guerra de maniobras» —tal y como fue fundamentada por muchos teóricos militares en el periodo que se extendió entre las dos guerras mundiales, desarrollada primero por la *Wehrmacht* y más tarde por los Aliados en los combates europeos de la Segunda Guerra Mundial— se basaba en principios como la iniciativa y la autonomía acrecentadas, pero alcanzó un gran nivel de coordinación gracias a la invención de las radios móviles. En opinión del filósofo Manuel de Landa, el estímulo de las iniciativas locales, el mando difuso y una fuerza militar intercomunicada en red son los factores que permiten que una batalla dinámica se autoorganice en la medida de lo posible[7].

A pesar de que el caos de la batalla siempre ha favorecido dinámicas no lineales, y aun cuando el paradigma moderno de la guerra permitió la no

[6] Hajo Holborn, «The Prusso-German School: Moltke and the Rise of the General Staff», en Paret, *op. cit.*, pp. 281-295.
[7] Manuel de Landa, *War in the Age of Intelligent Machines*, Nueva York, Zone Books, 1991, p. 71.

linealidad en determinadas operaciones y formaciones militares, los ejércitos modernos, en la medida en que siguen siendo organizaciones pesadas y torpes, se mantienen atados a una estrategia de domesticación del caos bélico que tiende a reconducir la batalla a estructuras estables, lineales y fácilmente comprensibles. La transformación del paradigma militar desde lo lineal a lo no lineal se argumenta hoy en día a tres niveles distintos: *espacial*, *organizativo* y *temporal*. La incorporación del principio de no linealidad dentro de cada uno de estos niveles implica transformaciones metodológicas e institucionales. Pero, antes que nada, necesitaremos comprender lo que el ejército entiende por linealidad si queremos evaluar estas transformaciones.

Si pensamos en términos *espaciales*, las operaciones lineales tradicionales descansan sobre la base de una geometría definida por barreras, fronteras y líneas de abastecimiento. Para Antoine-Henri Jomini, uno de los primeros teóricos militares de la era posnapoleónica, el término *lignes d'opérations* incluía tanto fortificaciones como fronteras políticas —elementos perpendiculares a los grandes movimientos de las unidades militares—, así como ríos y carreteras en paralelo a dichos movimientos. El paradigma de combate

de Jomini, que fue aplicado durante mucho tiempo en las maniobras militares del siglo XX, se apoyaba en la acción dinámica de maniobras lineales y geométricas en superficies bidimensionales. De un lado a otro de esta superficie, cada uno de los dos bandos intenta desbordar el flanco del contrario. La doctrina militar lineal tiende a enfatizar distinciones entre frente, retaguardia y ancho; o avance y retirada; o progreso, penetración y circunvalación, y se basa en movimientos de grandes columnas divididas en «dientes» (fuerzas de combate) y «uñas» (refuerzos). De hecho, los ejércitos actuales suelen reunir máquinas complejas y pesadas que Shimon Naveh describe como máquinas que operan según la «mecánica newtoniana». Desde un punto de vista material y operativo, están diseñadas para adaptarse a la territorialidad de sus objetivos: maniobra, ocupación y conquista del terreno.

De forma muy distinta, la técnica de enjambre intenta describir las operaciones militares como un sistema no lineal que pone en acción una fuerza militar difusa, fragmentada en una multiplicidad de unidades pequeñas, semiindependientes pero coordinadas, que opera en emplazamientos diversos y en direcciones distintas de manera simultánea. En las operaciones de enjam-

bre, el paradigma tradicional de maniobra se transforma en una geometría compleja que intenta ser como un fractal en el que, de acuerdo con Kochavi, «cada unidad refleja en su manera de actuar tanto la lógica como la forma de la maniobra general».

Desde un punto de vista *organizativo*, en lugar de cadenas de mando y comunicaciones lineales y jerárquicas, los enjambres son redes policéntricas en las cuales cada «unidad autárquica» (el término es de Naveh) puede comunicar con las otras sin necesidad de pasar por la unidad central de comando. La cohesión física de las fuerzas de combate queda sustituida por una fuerza relacional. Naveh considera que «este tipo de maniobra se basa en la ruptura de toda jerarquía, en la ruptura de una concepción del mando que establece la coordinación desde el nivel táctico», y afirma que el enjambre se apoya en un «discurso sin reglas, salvaje». La relación entre las unidades separadas en el interior de la unidad de ataque crearía, de acuerdo con Naveh, «una comunidad de práctica donde los mandos operativos y tácticos dependen unos de otros y afrontan los problemas mediante una construcción gradual de la narrativa del combate». Esto significa que, además de ser una «fuerza de combate», cada unidad

dentro del sistema se concibe como un «sensor dinámico» que comunica en perspectiva con todos los demás a través de la red.

La maniobra del enjambre también es entendida por las fuerzas militares como una maniobra no lineal en términos *temporales*. Las escuelas militares tradicionales son cronolineales, pues tratan de generar una determinada secuencia de eventos encarnados en la idea de un «plan». En términos militares tradicionales, la idea de «plan» implica que las acciones están hasta cierto punto condicionadas de antemano por la implementación exitosa de acciones previas. Un enjambre, en cambio, se basa en acciones simultáneas. Estas acciones son dependientes entre sí pero no están condicionadas de antemano. La narrativa del plan de combate se sustituye por lo que los militares llaman el enfoque de la «caja de herramientas», según el cual las unidades reciben las herramientas que necesitan para enfrentarse con diversas situaciones y circunstancias, pero no pueden predecir el orden en que dichos acontecimientos ocurrirán.

Las descripciones militares de las guerras lineales proponen términos como *reloj newtoniano*, *coordenadas cartesianas*, *líneas de operación jominianas*, *cadenas jerárquicas de mando* o una *perspec-*

tiva renacentista con un punto de vista único. Asumen la simetría de las fuerzas y la equivalencia de los objetivos. Por el contrario, los debates militares sobre la guerra no lineal pretenden desplazarse desde el determinismo hasta el caos o la complejidad, desde el control hasta la monitorización y el análisis estadístico. Hoy en día, los manuales militares tienden al empleo de nociones como *simultaneidad*, *redes*, *solapamiento*, *asimetría* y *desequilibrio*, describiendo una pesadilla hobbesiana de vínculos caóticos —a menudo una «guerra civil global» de todos contra todos—.

El concepto de enjambre es un momento fundamental en la pretensión constante del ejército israelí de adoptar el lenguaje de la desterritorialización y transformar lo que ellos entienden como su linealidad organizativa y táctica en no linealidad. En este sentido, un referente histórico fundamental para la enseñanza del OTRI fue la carrera militar de Ariel Sharon. Sharon no sólo fue el primer ministro y comandante en jefe durante la mayor parte de la Intifada, sino que su carrera militar estuvo caracterizada por los intentos de romper con la organización y la disciplina militar tradicional. De hecho, las tácticas que desarrolló y ejecutó como comandante de la unidad 101 para los bombardeos punitivos sobre las ciudades

y los campos de refugiados palestinos en 1953, y más tarde los que ampararon su brutal campaña contra la insurgencia en los campos de refugiados de Gaza en 1971-72, prefiguran en muchos sentidos las tácticas israelíes de los últimos años. Un indicio del interés histórico que el OTRI tenía en la carrera militar de Sharon fue el último taller organizado por el instituto en mayo de 2006, «El mandato de Ariel Sharon», que resultó una suerte de homenaje al moribundo Sharon y a su influencia en las IDF[8].

[8] «The Generalship of Ariel Sharon», mesa redonda en el OTRI organizada por la Academia de Gabinete de Comando de las IDF, 24-25 de mayo de 2006.

EL ATAQUE SOBRE BALATA

La clase dirigente de los cuerpos de seguridad del Estado israelí siempre ha querido ver en los campos de refugiados el lugar idóneo, necesariamente urbano, que sirve de caldo de cultivo de la resistencia. El imaginario geográfico israelí, de manera simplista, siempre ha considerado los campos de refugiados como lugares sembrados por el mal y peligrosos, «agujeros negros» en los que las IDF se cuidaban mucho de entrar[1]. La acción elusiva de las IDF con respecto a los campos de refugiados de Jenín y Balata durante la primera y la segunda Intifada les permitió

[1] Stephen Graham, «Constructing Urbicide by Bulldozer in the Occupied Territories», en Stephen Graham (ed.), *Cities, War and Terrorism*, Oxford, Blackwell Press, 2004, p. 332.

convertirse en enclaves extraterritoriales para las fuerzas militares israelíes. De hecho, el nombre en clave militar del campo de Jenín, en cuyo interior los grupos de resistencia estaban mejor afianzados que en cualquier otro emplazamiento, era Germania. Ya sea por su referencia a la descripción ambivalente que Tácito hace de los bárbaros[2] o en clara remisión al régimen nazi, lo cierto es que este término da cuenta del miedo israelí al «mal» allí cultivado. Desde que se convirtiera en primer ministro en marzo de 2001, Ariel Sharon se burló persistentemente del ejército por no atreverse a entrar en los campos de refugiados: «¿Qué ocurre con los campos de Jenín y Balata? ¿Por qué no entráis?». Sharon nunca se cansó de contar a los oficiales del ejército cómo, en la década de los 70, él mismo había «puesto orden» en el campo de refugiados de Gaza con una combinación de bombardeos aéreos, asesinatos y acciones con tanques[3].

Pero esta situación cambió muy pronto y las burlas de Sharon dejaron de ser necesarias, pues las IDF comenzaron a utilizar el método de «atravesar los muros» en aquellos campos de refugia-

[2] Tácito, *The Agricola and the Germania*, Londres, Penguin Classics, 1971.

[3] Raviv Druker y Ofer Shelah, *Boomerang*, Jerusalén, Keter Press, 2005, pp. 197 y 218.

dos donde antes ni siquiera ponían los pies. Con anterioridad a la operación «Escudo defensivo», este método había sido empleado por las IDF como parte de su manual táctico en materia de operaciones a pequeña escala y arrestos donde se sospechaba la existencia de bombas trampa en la puerta de entrada de las casas. En esas ocasiones, los comandos de arresto y asesinato de las IDF entraban sin más en los edificios, perforando agujeros en lugares impredecibles de los muros externos, cumpliendo su misión con menos riesgos.

Para definir este tipo de maniobra militar en operaciones a gran escala, se realizaron pruebas con anterioridad en un bombardeo dirigido por Aviv Kochavi, entonces comandante de la brigada de paracaidistas, en el campo de refugiados de Balata, en la entrada oriental de Nablus, durante los primeros días de marzo de 2002, algunas semanas antes de que comenzara la operación «Escudo defensivo». Se empleó como respuesta a una necesidad táctica. La situación era la siguiente: anticipando la inminencia de un ataque israelí, militantes de todas las organizaciones palestinas armadas habían bloqueado todas las entradas al campo de refugiados, llenando barriles de aceite con cemento, cavando trincheras y apilando barricadas de escombros. Las calles estaban

sembradas de minas con explosivos improvisados y tanques de gasolina. Las entradas de los edificios estaban llenas de bombas trampa, así como las escaleras interiores, las entradas y los pasillos de algunas estructuras prominentes. Muchos grupos de guerrilla ligeramente armados estaban organizados en el interior del campo, dentro de viviendas que encaraban las principales rutas de acceso o las intersecciones más importantes.

En una sesión informativa previa al ataque, Kochavi explicó a sus oficiales subordinados los problemas que podrían encontrarse durante la operación: «Los palestinos están preparados para un combate en el que esperan que nosotros, obedeciendo la lógica que ellos mismos han predeterminado, entremos en formaciones mecanizadas a la vieja usanza, en líneas cohesivas y columnas masivas de acuerdo con el orden geométrico de la red urbana». Después de analizar y discutir la situación con sus oficiales, Kochavi dio la siguiente orden: «Aislamos el campo completamente, en pleno día, creando la impresión de estar llevando a cabo una operación de sitio sistemática, y entonces aplicamos una maniobra fractal de enjambre, de forma simultánea y desde todas las direcciones. Cada unidad debe reflejar en su modo de acción tanto la lógica como la

forma de la maniobra general. Nuestro desplazamiento a través de los edificios empujará a los insurgentes al exterior, hacia las calles y avenidas, donde les daremos caza»[4]. Las tropas israelíes cortaron entonces el suministro eléctrico, el teléfono y las conexiones de agua del campo, posicionaron francotiradores y puestos de vigilancia en las montañas y en los edificios más altos que rodeaban el área y acordonaron un amplio perímetro en torno al campo de batalla[5].

Los soldados salieron de sus zonas de asentamiento en Har Bracha y Elon Moreh, pasando Nablus de largo. Los colonos los saludaron y abrazaron antes de su partida. Divididos en pequeñas unidades, los soldados penetraron simultáneamente en el campo de refugiados desde todas las direcciones, perforando agujeros en los muros y desplazándose a través de las casas de los civiles en lugar de utilizar las rutas urbanas, tal y como se esperaba que hicieran. Sometieron el campo, aunque permitieron la retirada de la guerrilla.

[4] Citado en Shimon Naveh, «Between the Striated and the Smooth: Urban Enclaves and Fractal Maneuvers», *Cabinet Magazine*, julio de 2006, pp. 81-88.
[5] Al menos ochenta palestinos fueron asesinados en Nablus entre el 29 de marzo y el 2 de abril de 2002. Cuatro soldados israelíes fueron asesinados; véase www.amnesty.org (12 de febrero de 2003).

Para cualquiera que piense que atravesar las paredes domésticas constituye una maniobra «suave» o amable, vale la pena describir el procedimiento táctico de las IDF. Los soldados se reúnen detrás de un muro. Utilizando explosivos o un enorme martillo perforan en él un gran agujero por el que poder deslizarse. En ocasiones, su carga sobre el muro está precedida por granadas de aturdimiento o ráfagas de disparos al azar lanzados contra el interior de una vivienda privada, por ejemplo, un salón particular ocupado por sus desprevenidos habitantes. Cuando los soldados han atravesado el muro de linde, se reúne a los habitantes de la casa y, después de ser registrados en tanto que «sospechosos», se les encierra en una de las habitaciones, donde se les obliga a permanecer —a menudo durante varios días— hasta que concluye la operación militar. Con frecuencia carecen de agua, condiciones mínimas de salubridad, comida o medicinas. De acuerdo con Human Rights Watch y la organización israelí de derechos humanos B'Tselem, decenas de civiles palestinos han muerto durante este tipo de ataques[6].

[6] Amnistía Internacional, «Shielded from Scrutiny: IDF Violations in Jenin and Nablus», 4 de noviembre de 2002; B'Tselem, «Operation Defensive Shield: Soldiers' Testimonies, Palestinian Testimonies», septiembre de 2002.

La escritora palestina Adania Shibli describió su visita al campo de refugiados de Balata tras los ataques y su encuentro con una anciana llamada Salma: «Nos llevó a ver los agujeros que los soldados hicieron en su casa, que inmediatamente después se incendió, ya que el cable de la electricidad había sido alcanzado por la metralla de una granada de mano que habían arrojado al interior de la casa. Entonces salieron corriendo, dejando tras de sí un fuego que calcinó los restos de la casa. La habían obligado a evacuar su vivienda junto con sus hijos y nietos cuando los militares irrumpieron como una tempestad, pero su marido se quedó por allí cerca, vigilando, y cuando la vio ardiendo se apresuró a apagar el fuego: fue inútil. Estaba asfixiado y perdió el conocimiento, pero sobrevivió; no obstante, algo le pasó a su cerebro, no recibió el oxígeno suficiente durante un rato, y perdió la cabeza»[7].

Al igual que en Irak, la penetración inesperada de la guerra en el ámbito doméstico ha sido experimentada por los civiles palestinos como el trauma y humillación más profundos. Aisha, una mujer palestina entrevistada en el *Palestine Monitor*

[7] Adania Shibli, «Faint Hints of Tranquility», *Al-Adaab Magazine*, mayo-junio de 2002.

en los días posteriores al ataque, en noviembre de 2002, describió así su experiencia:

> Imagíneselo: estás sentado en el salón de tu casa, que conoces a la perfección; es el espacio en el que la familia se reúne para ver la tele después de cenar... Y, de repente, esa pared desaparece con un rugido ensordecedor, la habitación se llena de polvo y escombros, y un soldado tras otro va saliendo de la pared, gritando órdenes. No tienes ni idea de si es a ti a quien están buscando, si han venido a quitarte la casa o si tu casa simplemente estaba en su camino hacia otro lugar. Los niños gritan presas del pánico... ¿Es posible siquiera imaginar el horror experimentado por un niño de cinco años cuando cuatro, seis, ocho, doce soldados, con las caras pintadas de negro, ametralladoras apuntando en todas direcciones, antenas sobresaliendo de sus mochilas haciéndoles parecer enormes bichos alienígenas, revientan tus paredes y se abren camino de ese modo?

Apuntando con el dedo hacia otra pared, recubierta ahora con una estantería de libros, añadió: «Y por aquí es por donde salieron. Volaron la pared y continuaron a través de la casa del vecino»[8].

[8] Sune Segal, «What Lies Beneath: Excerpts from an Invasion», *Palestine Monitor*, noviembre de 2002.

La habilidad de los soldados israelíes a la hora de «ocupar» el campo de refugiados de Balata llevó al comando central de las IDF, encargado de la zona de Cisjordania, a adoptar este tipo de maniobra como modo de ataque sobre el viejo centro histórico de Nablus (la Kasba) y el campo de refugiados de Jenín, que comenzó el 3 de abril de 2002. Un soldado israelí me describió el comienzo de la batalla de Jenín:

> Nunca abandonábamos los edificios, nos desplazábamos siempre por las viviendas. Excavamos varias docenas de rutas desde el exterior del campo hasta su centro. Y estábamos todos —la brigada al completo— dentro de las casas de los palestinos. Ninguno de nosotros estaba en las calles, realmente muy raras veces nos aventurábamos a salir al exterior. Teníamos allí nuestro cuartel general, incluso las tiendas de campaña dentro de las viviendas. Hasta los vehículos descansaban en las zonas excavadas dentro de las casas[9].

Otro de los soldados, que más tarde escribiría un libro sobre sus experiencias durante el ataque, describió detalladamente los desplazamientos a través de los muros:

[9] Entrevista de Eyal Weizman con Gil Fishbein, Tel Aviv, 4 de septiembre de 2002.

> Estudiamos una fotografía aérea para encontrar un muro que conectara la casa en la que nos encontrábamos con la orientación sur. Peter cogió el martillo y empezó a trabajar, pero el muro no cedía —era la primera vez que nos enfrentábamos con un muro construido con cemento y no con bloques de hormigón ligero—. Lo más inteligente era utilizar explosivos. Detonamos al menos cuatro bloques [de explosivo] hasta que el muro cedió y el agujero fue lo suficientemente grande como para colarnos a través de él. Sólo entonces nos dimos cuenta de que el muro que habíamos derribado no era un muro de linde, sino el muro externo del edificio. A treinta centímetros estaba el muro externo del edificio siguiente. También lo derribamos[10].

Dado que la guerrilla palestina había comenzado también a maniobrar desplazándose a través de los muros y de los espacios ya abiertos, la mayor parte del combate tuvo lugar en casas privadas. Algunos edificios se convirtieron en algo parecido a un pastel con muchas capas, con los soldados israelíes en pisos por encima y por debajo de aquellos en los que los palestinos habían que-

[10] Ofer Segal-Az K'ariel, *Fighting in Jenin 2002*, Tel Aviv, Ma'arachot Publications, 2006, p. 45 [hebreo].

dado atrapados. Para uno de los soldados palestinos capturado en el ataque a Nablus, en abril de 2002, los israelíes «parecían estar en todas partes, ¿cómo se puede luchar así?»[11].

Recientemente, las IDF han concluido una suerte de modelo digital en 3D de toda la zona de Gaza y Cisjordania, describiendo hasta el mínimo detalle las casas individuales y el emplazamiento de las puertas y las ventanas de su interior. Sin embargo, en 2002 los soldados seguían utilizando fotografías aéreas en las cuales aparecía una designación de cuatro dígitos para facilitar la comunicación de las posiciones. La orientación estaba apoyada por un sistema de posición global (GPS) y la coordinación centralizada era dirigida por comandantes que usaban imágenes obtenidas por aviones no tripulados. Cuando los soldados abrían agujeros en un muro, simplemente escribían con *spray* pulverizador «entrada», «salida», «no entrar», «camino a…», «camino desde…» en la pared, para así regular el tráfico de los soldados y encontrar el camino de vuelta en el laberinto que ellos mismos habían excavado en el tejido urbano.

[11] Citado en Henkin, *op. cit.*

Un estudio llevado a cabo por el arquitecto palestino Nurhan Abujidi tras los ataques de Nablus y Balata mostró que más de la mitad de los edificios situados en la Kasba de Nablus contenían rutas abiertas a la fuerza, de uno a ocho agujeros en sus paredes, suelos y techos, creándose de este modo numerosos caminos al azar. Abujidi entendió que las rutas no describían una progresión lineal simple; en su opinión, marcaban una maniobra caótica sin dirección clara[12]. Sin embargo, no todos los desplazamientos se producían a través de los muros y entre las distintas viviendas, ya que muchos edificios habían sido bombardeados desde el aire y completamente destruidos, incluyendo edificios históricos en el casco antiguo, entre los que se encontraba la Caravansera otomana del siglo XVIII de al-Wakalh al-Farroukkyyeh, así como las fábricas de jabón de Nablus y de Cana'an. El palacio Abdel-

[12] Durante la investigación, Nurhan Abujidi advirtió que el 19,6% de los edificios afectados por rutas forzadas tenía una sola entrada, el 16,5% tenía dos, el 10% tenía tres, el 4,1% tenía cuatro, el 2,1% tenía cinco y el 10% tenía ocho. Ver Nurhan Abujidi, «Forced To Forget: Cultural Identity & Collective Memory / Urbicide. The Case of the Palestinian Territories during Israeli Invasions to Nablus Historic Center 2002-2005», presentado en el congreso: *Urbicide: The Killing of Cities?*, Universidad de Durham, noviembre de 2005.

hade, la iglesia ortodoxa y la mezquita al-Naser también resultaron seriamente dañados[13].

La Kasba de Nablus sirvió también de emplazamiento para un experimento radical que no se redujo a las maniobras comunes. Oficiales de las IDF expresaron su frustración ante el hecho de que la rápida invasión y ocupación de áreas palestinas urbanas, como Balata, habían llevado a las guerrillas a desaparecer y a emerger de nuevo tras la retirada de las IDF. Durante un Consejo, celebrado a finales de marzo de 2002 en el cuartel general del comando central de las IDF, con motivo de la preparación de la operación «Escudo defensivo», Kochavi insistió en la necesidad de

[13] En una entrevista en el popular diario israelí *Ma'ariv* a comienzos de 2003, Kochavi divagó sobre la belleza bíblica de la ciudad, visible desde las ventanas de su cuartel general: «¡Mirad! Nablus es la ciudad más hermosa de Cisjordania. Lo más bonito es la Kasba, que se parece a la antigua ciudad de Jerusalén, a veces es incluso más bonita». Siguiendo una tradición militar colonial, y sin duda israelí, según la cual los oficiales despliegan un gran interés sobre la cultura de los colonizados, Kochavi consultó antes del ataque al Dr. Itzik Magen, el jefe del departamento de Arqueología de las IDF, acerca del valor histórico de algunos edificios que casualmente estaban en su zona de maniobras. Si bien aceptó una lista de «intocables» (a la que no siempre se atuvo), las «viviendas simples» fueron propuestas como «objetivos legítimos». Amir Rapaport, «City Without a Break», *Ma'ariv*, 10 de enero de 2003.

orientar la operación hacia la eliminación de los miembros de las organizaciones armadas palestinas, antes que permitir que desaparecieran o se rindieran. Las intenciones de Kochavi ya no eran capturar y conquistar la Kasba, sino entrar, matar al mayor número posible de miembros de la resistencia palestina y retirarse[14].

Las operaciones militares concebidas con el único objetivo de matar también respondían a las pautas dictadas desde el ámbito político. En mayo de 2001, tan sólo dos meses después de asumir el cargo, Sharon convocó una reunión urgente en su rancho privado con su jefe de gabinete, Shaul Mofaz, así como con Avi Dichter y sus segundos mandos. Sharon fue muy claro: «Los palestinos tienen que pagar por lo que han hecho. Tienen que levantarse cada mañana y ver que diez o doce de los suyos han sido asesinados y no saber muy bien qué es lo que ha pasado. Quiero que seáis creativos, efectivos, sofisticados»[15].

Al día siguiente, Mofaz habló para un grupo de comandantes en jefe en un monumento levantado en 1967 a los soldados caídos en Jerusalén. Tras cerciorarse de que no estaba siendo grabado,

[14] Amir Oren, «The Big Fire Ahead», *Ha'aretz*, 25 de marzo de 2004.
[15] Raviv Druker y Ofer Shelah, *op. cit.*, p. 213.

Mofaz dijo querer «diez palestinos muertos al día por cada uno de los comandos regionales». Más tarde, en un gesto excepcional de transgresión de la jerarquía militar, telefoneó uno por uno a los comandantes sobre el terreno de rango inferior para decirles que quería «despertarse cada día oyendo que las operaciones habían sido llevadas a cabo y que había habido muertos»[16]. Reinaba una atmósfera de venganza y asesinatos indiscriminados. Al amparo de Mofaz, el «asesinato innecesario» y el asesinato de civiles se investigaban en muy raras ocasiones y casi nunca se castigaba a los soldados que mataban a civiles[17]. La horrible franqueza de estos objetivos me fue confirmada en una entrevista con Shimon Naveh. Naveh describió cómo durante aquel periodo «los militares comenzaron a pensar como criminales,

[16] Las dos citas pertenecen a Raviv Druker y Ofer Shelah, *op. cit.*, pp. 213-214, 220.

[17] Hoy en día, los asesinatos ejecutados por «arabizados» (soldados disfrazados de árabes) o soldados uniformados se producen casi a diario. La base legal más común para los asesinatos durante estos ataques es que la víctima «intentó resistirse violentamente al arresto» (esa opción no es siquiera imaginable cuando los asesinatos se producen desde el aire). De acuerdo con datos proporcionados por B'Tselem, entre el comienzo de 2004 y mayo de 2006 las fuerzas de seguridad israelíes mataron a 157 personas durante ataques denominados «operaciones de arresto». Véase «Take No Prisoners: The Fatal Shooting of Palestinians by Israeli Security Forces during "Arrest Operations"», B'Tselem, mayo de 2005 www.btselem.org.

como asesinos en serie: se les asignaba un área y ellos la investigaban, estudiaban a las personas de las distintas organizaciones enemigas a las que tenían que matar, su apariencia, sus voces tal y como sonaban en las grabaciones, sus hábitos, igual que los asesinos profesionales. Cuando entraban en el área asignada, sabían bien dónde buscar a estas personas, y empezaban a asesinarlas». Durante el ataque a Nablus, Kochavi ignoró las peticiones palestinas de rendición y no detuvo la ofensiva, tratando así de matar a un mayor número de personas, hasta que Mofaz dio el ataque por concluido. Se puso fin a la campaña gracias a la presión política e internacional tras la destrucción de Jenín. Gal Hirsch, jefe de operaciones del comando central durante la batalla, fanfarronearía más tarde diciendo que «en veinticuatro horas los palestinos habían perdido a más de ochenta de sus hombres armados y nunca pudieron localizar nuestra posición»[18]. Después del ataque, el ministro de Defensa Ben Eliezer telefoneó al móvil de Kochavi para felicitarle; le transmitía un nuevo «buen trabajo»

[18] Citado en Sergio Catignani, «The Strategic Impasse in Low-Intensity-Conflicts: The Gap Between Israeli Counter-Insurgency, Strategy and Tactics During the Al-Aqsa Intifada», *The Journal of Strategic Studies* 28 (2005), p. 65.

de parte de Sharon[19]. Posteriormente, Kochavi afirmó que si el Gobierno le hubiera permitido continuar el combate, sus tropas habrían matado a centenares de palestinos. El ataque sobre Nablus fue considerado todo un éxito, tanto por el número de palestinos asesinados como por haber mostrado al ejército israelí y a los palestinos que las IDF eran capaces de penetrar a placer tanto en los campos de refugiados como en los centros urbanos. Las fuerzas de Kochavi continuaron dando prueba de ello y, siguiendo el mismo patrón, entraron en Nablus y en el campo de Balata ocho veces más. En la actualidad, son numerosas las voces que exigen que Kochavi responda ante un tribunal acusado de crímenes de guerra, pues se considera que es tanto el responsable del diseño entusiasta de estas operaciones como uno de los máximos representantes de los objetivos de seguridad israelíes[20].

[19] Raviv Druker y Ofer Shelah, *op. cit.*, p. 218.

[20] Aviv Kochavi llamó la atención de los medios en febrero de 2006, cuando el director de la asesoría legal de las IDF recomendó que no realizara un viaje a una academia militar británica por miedo a que fuera arrestado y acusado de crímenes de guerra. En relación a una declaración anterior incriminando a Kochavi en crímenes de guerra, véase: Neve Gordon, «Aviv Kochavi, How Did You Become a War Criminal?», www.counterpunch.org/nevegordon1.html, 8 de abril de 2002.

GEOMETRÍA URBANA INVERSA

COMO OTROS MUCHOS oficiales de carrera, Kochavi había pedido una excedencia del servicio activo para conseguir un título universitario. En un primer momento, intentó estudiar Arquitectura, aunque finalmente optó por Filosofía en la Universidad Hebrea, pues consideraba que la vida militar está notablemente influenciada por ambas disciplinas. Como oficial militar, también siguió cursos en el OTRI[1]. La descripción que hizo Kochavi de los ataques durante nuestra entrevista es un ejemplo extraño y asombroso de las relaciones entre la teoría y la práctica militar:

[1] Chen Kotes-Bar, «Bekichuvo», *Ma'ariv*, 22 de abril de 2005 [hebreo].

Este espacio que usted contempla, esta habitación que está mirando [se refiere a la habitación en la que se produjo la entrevista, en una base militar cerca de Tel Aviv] no es más que su interpretación del espacio. Ahora bien, usted puede ampliar los límites de su interpretación, pero no de manera ilimitada —después de todo, estará limitada por la física, ya que existen edificios y avenidas—. La cuestión es: ¿cómo interpreta usted la avenida? ¿La interpreta como un lugar que sirve para llegar a algún lugar, como suelen hacer todos los arquitectos y urbanistas, o la interpreta más bien como un lugar por el que está prohibido cruzar? Todo es cuestión de interpretación. Nosotros interpretamos la avenida como un lugar por el que está prohibido pasar y la puerta como un lugar que está prohibido cruzar y la ventana como un lugar por el que está prohibido mirar, porque hay un arma esperándonos en la avenida y bombas trampa detrás de las puertas. El enemigo interpreta el espacio en términos tradicionales y yo no estoy dispuesto a obedecer su interpretación y, al hacerlo, caer en sus trampas. Yo no quiero caer en sus trampas, yo quiero sorprenderle. Ésa es la esencia de la guerra. Yo tengo que vencer. Tengo que surgir de un lugar inesperado. Y eso es lo que intentamos hacer. Por eso optamos por el método de atravesar los muros. Al igual que un gusano se

> abre camino a bocados, emergiendo en algunos tramos y después desapareciendo, nosotros, en efecto, comenzamos a desplazarnos desde el interior de las viviendas [palestinas] hacia el exterior de manera inesperada y por lugares en los que no se podía anticipar nuestra presencia, llegábamos por detrás y caíamos sobre el enemigo, que nos esperaba detrás de una esquina. Dado que era la primera vez que se probaba este método a tal escala, aprendíamos durante la propia operación cómo ajustarnos al espacio urbano relevante y, del mismo modo, cómo ajustar el espacio urbano relevante a nuestras necesidades. Tomamos esta práctica microtáctica [de atravesar los muros] y la convertimos en un método y, gracias a este método, fuimos capaces de interpretar todo el espacio de otro modo. Les dije a mis tropas: «¡Amigos! ¡Esto no depende de vosotros! ¡No hay otra manera de desplazarse! ¡Si hasta ahora solíais desplazaros por las calles y las aceras, olvidadlo! ¡Desde ahora, atravesaremos las paredes!»[2].

Más allá de la descripción de la acción, la entrevista nos interesa por el lenguaje elegido por Kochavi. La referencia a la necesidad de interpretar el espacio, e incluso de reinterpretarlo, como

[2] Entrevista de Eyal Weizman y Nadav Harel con Aviv Kochavi, 24 de septiembre de 2004, base militar israelí cercana a Tel Aviv.

condición necesaria del éxito en la guerra urbana, desvela la presencia en su pensamiento de una teoría del lenguaje posmoderna, posestructuralista. La guerra, de acuerdo con el lenguaje sofisticado y aséptico de Kochavi, es una cuestión de lectura y (conceptualmente) de deconstrucción del entorno urbano existente, incluso antes del comienzo de la operación.

En referencia al contexto exitoso de Kochavi, Naveh afirmó: «En Nablus, las IDF empezaron a entender la guerra urbana como un problema de espacio». Sobre la influencia de OTRI en el desarrollo de esta táctica, dijo que «al entrenar a numerosos oficiales de alto rango, estábamos llenando el sistema con mentes poco acomodaticias que hacen preguntas. Algunos de los oficiales superiores, por ejemplo, no tenían reparos a la hora de hablar de Deleuze o Tschumi [Bernard Tschumi, el arquitecto deconstructivista]». Cuando le pregunté: «¿Por qué Tschumi?» (en los anales de la historia de la arquitectura, Tschumi ocupa un lugar preferente como arquitecto «radical» de izquierdas), contestó: «La idea de disyunción que aparece en el libro de Tschumi *Arquitectura y disyunción*[3] comenzó a

[3] Bernard Tschumi, *Architecture and Disjunction*, Cambridge, MIT Press, 1997. Naveh ha terminado recientemente la traducción al hebreo de algunos de los capítulos del libro de Tschumi.

interesarnos. Tschumi tenía otro enfoque de la epistemología: quería romper con el conocimiento uniperspectivista y el pensamiento centralizado. Veía el mundo a través de una variedad de prácticas sociales diversas, desde un punto de vista en continuo movimiento». Entonces le pregunté por qué, en tal caso, no leía mejor a Derrida y la teoría de la deconstrucción. Respondió: «Derrida puede resultar demasiado opaco para nuestra gente. Tenemos más en común con los arquitectos, combinamos teoría y práctica. Podemos leer, pero sobre todo nos dedicamos a construir y destruir, y, a veces, a matar».

En una clase impartida en 2004, Naveh presentó un diagrama que asemejaba un «cuadro de oposición» que trazaba una red de relaciones lógicas entre ciertas proposiciones relacionadas con el ejército y las operaciones de guerrilla. El lenguaje de los filósofos franceses Gilles Deleuze y Félix Guattari estuvo claramente presente en sus indicaciones, con términos como: *diferencia y repetición, la dialéctica de la estructuración y la desestructuración, entidades rivales sin forma, maniobra fractal, velocidad* vs. *ritmo, máquina de guerra de Wahhabi, anarquistas posmodernos, terroristas nómadas*, etc. La referencia a Deleuze y Guattari es indicativa de las transformaciones recientes dentro

de las IDF: a pesar de estar influenciados fundamentalmente por el estudio de la guerra, les interesaban las formas de violencia y resistencia no controladas por el Estado, en las que el propio Estado y su ejército aparecían como el archienemigo. En su libro *Mil mesetas*, Deleuze y Guattari establecen una distinción entre dos tipos de territorialidad: un sistema estatal jerárquico, cartesiano, geométrico, sólido, hegemónico y espacialmente rígido; y otro flexible, móvil, liso, un espacio nomádico similar a una matriz[4]. Dentro de estos espacios nomádicos, Deleuze y Guattari previeron organizaciones sociales en una variedad polimorfa y difusa de redes operativas. Los rizomas y las máquinas de guerra son organizaciones compuestas por una multiplicidad de grupúsculos con capacidad para dividirse o mezclarse entre sí dependiendo de las contingencias y circunstancias, y que se caracterizan por su capacidad de adaptación y metamorfosis. Estas formas organizativas reproducen en sí mismas ideales militares como los descritos más arriba.

[4] Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, Pre-Textos, 1994. En realidad, Deleuze y Guattari eran conscientes de que los Estados o sus agentes pueden transformarse a sí mismos en máquinas de guerra y que, del mismo modo, la concepción de un «espacio liso y suave» podría serles útil desde el punto de vista de la dominación.

En este sentido, Naveh observa que:

> Muchos de los conceptos de *Mil mesetas* se convirtieron en instrumentos para nosotros [las IDF], permitiéndonos entender situaciones contemporáneas de una manera que de otro modo habría sido imposible. Problematizaron nuestros propios paradigmas. La distinción más importante es la que Deleuze y Guattari realizan entre los conceptos de espacio liso y espacio estriado, que concuerda con los conceptos organizativos de *máquina de guerra* y *aparato estatal*. En las IDF empleamos a menudo la expresión *allanar el terreno* cuando nos referimos a una operación en un territorio que imaginamos ilimitado o sin fronteras. Tratamos de producir el espacio operativo de tal manera que las fronteras no nos afecten. Las áreas palestinas podrían de hecho ser concebidas como espacios estriados en el sentido de que están confinadas por vallas, muros, zanjas, obstáculos, etc. Queremos confrontar el espacio estriado de la práctica militar tradicional, pasada de moda (la forma en que aún hoy operan muchas unidades militares), con la suavidad y lisura que nos permite un desplazamiento por el espacio que atraviesa todo tipo de fronteras y barreras. Más que contener y organizar nuestras fuerzas de acuerdo con fronteras ya existentes, queremos atravesarlas.

Cuando le pregunté si atravesar los muros formaba parte de esta misma idea, respondió que «desplazarse a través de las paredes no es más que una solución mecánica que conecta teoría y práctica. Pero la transgresión real de los límites es la que define la condición de "suavidad"».

DISEÑO POR DESTRUCCIÓN

LA PROFESADA «SUAVIDAD» de los bombardeos sobre Balata y Nablus debe contraponerse necesariamente con el horror, la estriación y la destrucción física que supuso para Jenín el ataque de las IDF. El campo de refugiados de Jenín está situado en la colina occidental de la ciudad, al norte de Cisjordania, cerca de la Línea Verde. Su proximidad con las ciudades y pueblos israelíes favoreció muchos ataques sobre civiles israelíes y las represalias militares derivadas de éstos. El ejército estaba sometido a una gran presión tanto gubernamental como popular para atacar Jenín. Con motivo de la preparación de un ataque

inminente de las IDF, Hazam Kubha «Abu-Jandel», un antiguo oficial de policía al mando de las fuerzas defensivas, dividió el campo en quince zonas y asignó a cada una de ellas varias decenas de hombres, incluyendo fuerzas policiales palestinas, que improvisaron centenares de explosivos fabricados con fertilizantes[1]. El ataque coincidió con el de la ciudad de Nablus, el 3 de abril de 2002, y en ambos los soldados israelíes emplearon métodos similares. Los tanques se aproximaron hasta el límite del campo y perforaron agujeros en los muros externos de los edificios deshabitados de la periferia. Vehículos armados se dirigieron entonces hacia esas viviendas y descargaron soldados desde la parte trasera para que penetraran por estos agujeros y se dirigieran directamente a las viviendas palestinas, evitando así el riesgo de los francotiradores. Desde allí, los soldados intentaron avanzar de casa en casa a través de los muros. Mientras la batalla pudo librarse entre las viviendas o dentro de ellas, los combatientes palestinos, moviéndose en las plantas más bajas de los edificios, a través de túneles y conexiones secretas donde las ráfagas de los he-

[1] Amos Harel y Avi Isacharoff, *The Seventh War*, Tel Aviv, Miskal-Yedioth Aharonoth Books and Chemed Books, 2004, pp. 254-255.

licópteros israelíes no podían alcanzarlos, consiguieron contener a una división entera de las IDF que intentaba cruzar los límites. En el caso de Jenín, los soldados israelíes que componían la fuerza de ataque eran básicamente un grupo de tropas en la reserva escogidas al azar, con menos experiencia bélica que las tropas que atacaron Balata y Nablus. En mitad del caos, los civiles y los combatientes empezaron a entremezclarse. La batalla se estaba librando en y entre las ruinas de la vida cotidiana. La mayor parte de la lucha consistía no ya en grandes ataques, sino en conflictos letales y despiadados a pequeña escala, emboscadas entre los edificios y las ruinas. Los francotiradores palestinos aprendieron a disparar desde las profundidades de los edificios, colocándose a unos metros de las paredes y apuntando a través de los agujeros abiertos en ellas. Algunas veces incluso disparaban a través de los sucesivos agujeros abiertos en varios muros consecutivos.

La destrucción masiva del centro de Jenín empezó cuando el ataque de las IDF fracasó en su intento por generar un colapso rápido de las fuerzas de defensa palestinas. El 9 de abril, aproximadamente una semana después del comienzo del ataque y con las IDF haciendo escasos progresos,

los combatientes palestinos obtuvieron su mayor victoria volando por los aires y derrumbando sobre una patrulla de las IDF varios edificios del distrito de Hawashin, situado en el corazón del campo. Mataron a trece soldados. Sin querer arriesgar más vidas e incapaces de someter a la resistencia de otro modo, los israelíes ordenaron a un grupo de tanques armados gigantes D9 Caterpillar la destrucción de esta parte del campo, casa por casa, enterrando a todos los combatientes y civiles que quedaban entre los escombros. Uno de los conductores de los tanques, Moshe Nissim, describió su experiencia: «Durante tres días no hice más que destruir y destruir. Toda el área. Destruí todas las casas desde las que abrían fuego. Y para hacerlo tuve que tumbar también otras... Al final, había arrasado una superficie tan grande como el Teddy [Estadio Teddy Kollek de Jerusalén, llamado así en honor a uno de los alcaldes de la ciudad]»[2].

En algunas ocasiones, los *bulldozer* apilaban tierra y escombros alrededor de los edificios o entre ellos, acordonando zonas y cambiando la topografía del campo de batalla. Cuando el cen-

[2] Tsadok Yeheskeli, «I Made Them a Stadium in the Middle of the Camp», *Yedioth Aharonoth*, 31 de mayo de 2002.

tro del campo estaba a punto de sucumbir, una densa nube de polvo empezó a cubrir las calles y avenidas, y se quedó allí durante los restantes días de la batalla. Tan sólo cuando el polvo se hubo dispersado, las organizaciones internacionales y los medios de comunicación pudieron comprender la magnitud de la destrucción causada por las IDF. Cincuenta y dos palestinos fueron asesinados, más de la mitad de ellos civiles. Algunos, incluyendo aquellos que, por ser ancianos o discapacitados, no pudieron huir a tiempo, fueron enterrados vivos bajos los escombros de sus propias casas. La inspección de las fotografías aéreas tomadas tras la batalla reveló que la destrucción de más de cuatrocientos edificios, en un área de cuarenta mil metros cuadrados, estaba basada en la propia lógica de la planificación urbana del ejército. Es importante comprender que no se trató, por lo tanto, de una mera respuesta a las contingencias de la batalla, sino de la creación de un plan urbanístico radicalmente nuevo para el campo de refugiados. Durante la batalla, las IDF ampliaron el ancho de las avenidas existentes y crearon otras nuevas sirviéndose de los edificios, para que sus tanques y *bulldozer* armados pudieran penetrar en su interior. Despejaron un espacio en el corazón del campo, lugar donde

confluían todas las nuevas rutas. En esta misma zona, el distrito Hawashin, se había concentrado también la última resistencia palestina, los palestinos la llamaban la «zona cero». A partir de ese momento, el ejército israelí pudo desplazarse por estas nuevas y amplias calles, y entrar posteriormente con facilidad en el campo, lo cual acabó con su estatus de enclave impenetrable y «refugio para la resistencia».

Este proceso puede recordarnos a las tácticas utilizadas por Sharon a principios de los 70 y a su intento de someter a la resistencia palestina en la Franja de Gaza, mediante lo que él mismo denominó «haussmanización» (refiriéndose al famoso «plan Haussmann», que a mediados del siglo XIX arrasó e hizo desaparecer todo el París antiguo y su trazado medieval). La resistencia palestina emplazó su puesto de mando dentro de la estructura densa y serpenteante del campo de refugiados, que ellos mismos habían convertido en una red extraterritorial de enclaves armados. La cuadrícula de carreteras por las que las tropas de Naciones Unidas habían dispuesto naves prefabricadas con el fin de albergar a los refugiados en 1948 había crecido hasta convertirse en una aglomeración caótica de estructuras y extensiones *ad hoc*, formando un laberinto cambiante de aveni-

das de no más de tres o cuatro pies de ancho. La campaña de Sharon adquirió, en efecto, la dimensión del «diseño por destrucción». Escribiendo así el último y más brutal capítulo de la historia urbana de la retícula, Sharon ordenó a los *bulldozer* que excavaran amplias carreteras en la estructura de los tres campos de refugiados más grandes de Gaza —Jabalya, Rafah y Shati—. Las nuevas rutas dividieron estos campos en pequeños vecindarios, a los que la infantería podía acceder o a los que podía aislar. Sharon también ordenó despejar todos los edificios y las arboledas de limoneros en un área que definió como «perímetro de seguridad» alrededor de los campos, aislando efectivamente la zona urbanizada de sus alrededores y haciendo imposible para cualquiera entrar o salir de los campos sin ser advertido. Otras actividades, como el pavimentado de carreteras y la introducción de alumbrado en las calles, estaban destinadas a permitir que las fuerzas de ocupación condujeran hasta el interior del campo rápidamente y sin temer a las minas terrestres[3]. Conjuntamente, todas estas acciones causaron la destrucción o el perjuicio de alrededor de seis mil casas en un periodo de seis

[3] «The Generalship of Ariel Sharon», *op. cit.*

meses[4]. Los trabajos de reconstrucción del campo de Jenín comenzaron casi inmediatamente, tras la destrucción del campo en 2002. No obstante, los planes de reconstrucción desataron una serie de disputas entre los representantes palestinos del campo de refugiados y los ingenieros de Naciones Unidas, reflejando el estrecho vínculo existente entre diseño urbanístico, lógica militar y destrucción[5]. Veintinueve millones de dólares donados por la organización humanitaria Red Crescent, de los Emiratos Árabes Unidos, fueron empleados para permitir a la UNRWA (Agencia de Ayuda y Trabajo de las Naciones Unidas para los Refugiados Palestinos) implementar un nuevo plan maestro para el diseño del campo y reemplazar la mayor parte de las casas destruidas con nuevas construcciones. Pero enseguida salió a la luz un asunto controvertido relacionado con el diseño de las carreteras. La UNRWA quería «aprovechar la destrucción para ampliar las carre-

[4] Norma Masriyeh Hazboun, «Israeli Resettlement Schemes for Palestinian Refugees in the West Bank y Gaza Strip since 1967», Palestinian Diaspora & Refugee Centre, http://www.shaml.org/publications/monos/mono4.htm; Richard Locke y Anthony Stewart, *Bantustan Gaza*, Londres, Zed Books, 1985.

[5] Esta información está ampliamente basada en la investigación filmica que Nadav Harel, Anselm Franke y yo llevamos a cabo durante la reconstrucción del campo en agosto de 2004.

teras de cuatro a seis metros»[6]. La nueva dimensión ampliada de las carreteras serviría mejor a los fines del campo, se argumentó. Pero también proveería el espacio suficiente para que los tanques israelíes, en caso de regresar, pudieran desplazarse sin quedarse atrapados entre los edificios ni tener que derrumbar las paredes de las viviendas. La intención de ampliar las carreteras supondría que un porcentaje de entre el diez y el quince por ciento más del área del campo fuera registrada como terreno público. En algunos casos, el plan de la UNWRA perseguía afectar sólo a los pisos más bajos de los edificios contiguos a la calle, pues la propuesta consistía en retirar un metro o menos los muros al nivel de la calle hasta el límite de sus solares, de manera que algunos de los pisos superiores colgarían como balcones. La pérdida del espacio privado al nivel del suelo del campo debía ser compensada con la adición de más pisos y la expansión del tamaño general del campo hacia los terrenos agrícolas de los alrededores adquiridos por la UNRWA.

A pesar de que la propuesta de la UNRWA fue discutida como una simple mejora en los planes

[6] Nadav Harel, Eyal Weizman y Anselm Franke, entrevista filmada, Jenín, agosto de 2004.

de tráfico, el comité popular del campo[7], en el que las organizaciones armadas tienen una gran influencia, protestó una y otra vez recordando que en última instancia la ampliación de las carreteras permitiría a los tanques israelíes penetrar fácilmente en el campo siempre que quisieran. Uno de los miembros del comité insistió en que «deberíamos hacer más y no menos para dificultar la entrada de los tanques israelíes en el campo»[8]. El debate finalizó con la UNWRA ejerciendo su soberanía sobre los asuntos del campo, imponiendo la ampliación de las carreteras e ignorando las protestas de los residentes.

No mucho después, Berthold Willenbacher, el segundo director de proyectos de la UNWRA, reconoció su error y observó: «Diseñamos un modo de acceso para los tanques israelíes y no deberíamos haberlo hecho, porque los individuos armados tienen menos opciones de escapar ahora que cuando existían avenidas más estrechas. No

[7] Un comité popular es un órgano de representación política que surge durante la primera Intifada. Se basa en la democracia participativa que se desarrolló en los pueblos y ciudades ocupados y en los campos de refugiados. En la mayor parte de los casos, los partidos políticos de las facciones más importantes de la OLP, así como Hamás y la Yihad Islámica, cuentan con representantes.

[8] Gideon Levy, «Tank Lanes Built Between New Jenin Homes», *Ha'aretz*, 10 de mayo de 2004.

tomamos en consideración su punto de vista»[9]. Y seis meses más tarde, en noviembre de 2002, se pusieron ya trágicamente de manifiesto las consecuencias de aquel error, una vez que los tanques israelíes regresaron al campo: uno de ellos disparó y mató al primer director de proyectos de la UNWRA, el británico Iain John Hook. El soldado dijo haber confundido al inglés con un palestino y su teléfono móvil con una granada.

Al asumir despóticamente la responsabilidad sobre el bienestar de los civiles y sobre el trazado urbano en una situación de conflicto armado, el programa de planificación de la UNWRA sufrió uno de los casos más obvios de «paradoja humanitaria», de acuerdo con la cual la ayuda humanitaria puede terminar sirviendo al poder opresivo. Las nuevas viviendas se construyeron según un modelo hasta entonces desconocido en el campo, y por primera vez la UNWRA tuvo la

[9] «Nos culparon por hacerlo así, pero construimos las carreteras más anchas para que cupieran los coches y las ambulancias, habría sido estúpido no hacerlo. Sólo queríamos construir un área donde pudiera vivirse con normalidad… Lo consideramos desde un punto de vista técnico, no en términos de guerra. Pero los israelíes entraron sin tenerlo en cuenta». Ver Justin McGuirk, «Jenin», *Icon Magazine* 24 (junio de 2005). Los miembros del comité popular, sin embargo, consideraron la decisión de ampliar las carreteras como una acción deliberada de la UNWRA con el fin de proteger las nuevas casas e impuesta por una política de seguridad.

oportunidad de reemplazar las tomas de agua no potable y los circuitos de aguas residuales destruidos por las IDF[10]. Pero es precisamente en este contexto de pretendida ayuda donde podemos entender mejor las afirmaciones de uno de los miembros del comité popular del campo de Jenín, quien, después de ver las casas recién construidas por las Naciones Unidas, pintadas de un color crema permanente, declaró: «Hemos perdido el derecho a regresar»[11].

Una discusión semejante, esta vez en torno a la naturaleza y función de las paredes como barreras visuales, surgió paralelamente entre las diferentes organizaciones palestinas que componían el propio comité. En algunos de los edificios del campo había pequeños patios separados de la calle por muros de unos dos metros de alto. Los patios tras los muros son lugares en los que los niños juegan y las mujeres cocinan. Con frecuencia, estos muros fueron destruidos por soldados

[10] Más aún, alrededor de cien familias del campo consiguieron fondos de Saddam Hussein, algunos meses antes de su caída: cada familia que había perdido su casa recibió veinticinco mil dólares, que a menudo eran empleados para reamueblar los interiores y acondicionar la electricidad. «Tank Lanes», Franke, Harel y Weizman, entrevista filmada por nosotros mismos.

[11] Citado en Levy, «Tank Lanes», *op. cit.* Esta posición no es siempre típica en otros refugiados, que estaban encantados con sus casas.

durante las operaciones, con el fin de desvelar posibles escondites para los francotiradores. Esta segunda controversia tenía que ver con la altura óptima de cara a la reconstrucción de estos muros. Representantes de Hamás y de la Yihad Islámica presentes en el comité popular solicitaron que los muros fueran reducidos a la altura de un metro y medio, justo por debajo de la altura media de un hombre adulto. Con ello, Hamás pretendía generar un clima de vigilancia en el que los viandantes pudieran ver desde la calle el interior del patio y comprobar que nadie se relajaba en el cumplimiento de los códigos islámicos. Pensaron también que la idea de ser vistas constantemente invitaría a las familias a supervisarse a sí mismas. El debate, que concierne a la vida privada, finalizó cuando el comité, dominado mayoritariamente por Fatah, de carácter secular, decidió oponerse a la reducción de la altura de los muros y permitir a la arquitecta encargada de la reconstrucción continuar con su diseño de muros altos y patios privados. Si el primer debate se centraba en la permeabilidad, el segundo lo hacía en la transparencia. Ambos muestran el poder de los muros para imponer órdenes urbanos y sociales.

DESTRUCCIÓN INTELIGENTE

DADA LA PROTESTA internacional que siguió a la destrucción desenfrenada del campo de refugiados de Jenín, el ejército israelí se dio cuenta de que su cuerpo de ingenieros tenía que mejorar un «arte de la destrucción» que, aparentemente, estaba fuera de control. Esto condujo a una mayor inversión con el objetivo de perfeccionar estrategias más inteligentes para la guerra urbana. Por ejemplo, aquellos métodos empleados al comienzo de la batalla de Jenín, y con éxito en Balata y Nablus, a partir del trabajo del OTRI.

Como consecuencia de este nuevo enfoque, en junio de 2002, dos meses después de la operación

«Escudo defensivo», el ejército comenzó a elevar el nivel de prestaciones de la maqueta de una ciudad a escala real construida junto a su base en Tze'elim, en el desierto de Negev. Se llamaba Chicago (invocando el mito de la ciudad norteamericana bajo las ráfagas de los subfusiles Thompson), y llegó a ser la maqueta de ciudad oriental a tamaño natural más grande del mundo utilizada para prácticas militares. Chicago incluye un área llamada la Kasba, un mercado denso lleno de calles estrechas, una sección que simula un campo de refugiados, un centro con calles más amplias y tanques y un vecindario que se asemeja a un entorno rural. Hay agujeros perforados en las paredes para que los soldados puedan desplazarse a través de ellos. En algunas sesiones de entrenamiento, el ejército enroló al diseñador escénico de un célebre teatro en Tel Aviv para que proporcionara los accesorios necesarios y organizara los efectos especiales.

Durante este periodo, se llevaron a cabo otras propuestas igualmente llamativas en el ámbito de la ingeniería militar. En una conferencia militar pronunciada en Tel Aviv en marzo de 2004, un ingeniero oficial del ejército israelí explicó a un auditorio internacional que, gracias al estudio de la arquitectura y las técnicas de construc-

ción, «el ejército puede eliminar un piso entero de un edificio sin destruirlo completamente [*sic*], o eliminar un edificio situado en una hilera de edificios sin dañar el resto»[1]. Por exagerada que pueda parecer, esta declaración testimonia el nuevo interés del ejército en una supuesta habilidad quirúrgica que permitiría eliminar elementos arquitectónicos de diversos edificios sin destruir el conjunto. Se trataría, esencialmente, de la adaptación de la lógica de las «armas inteligentes» a la ingeniería militar.

[1] Citado en Hannan Greenberg, «The Limited Conflict: This is How You Trick Terrorists», *Yedioth Aharonoth*, 23 de marzo de 2004.

DESMORONANDO EL MUNDO

HISTÓRICAMENTE, en las guerras de asedio, la ruptura del muro exterior de una ciudad significa la destrucción de la soberanía de la ciudad-estado. De acuerdo con este principio, el «arte» de las guerras de asedio conecta con las geometrías de los muros de las ciudades y con el desarrollo de tecnologías igualmente complejas de aproximación y superación de dichos muros. Por su parte, el combate urbano contemporáneo se centra cada vez más en métodos de transgresión de las limitaciones representadas por los muros domésticos. Como complemento de las tácticas militares que conllevan derrumbar elementos físicos y atravesar las paredes, los nuevos desarrollos

tecnológicos han sido concebidos para permitir a los soldados no sólo ver, sino también disparar y matar, a través de muros sólidos. La compañía israelí R&D Camero diseñó un dispositivo óptico de mano que combina imágenes térmicas con un radar de banda ultraancha que, al igual que los sistemas de ultrasonido en las actuales salas de maternidad, tiene la capacidad de producir traducciones tridimensionales de la vida biológica oculta tras los muros[1]. Los cuerpos humanos aparecen como borrosas «marcas de objetivos» flotando (como fetos) en un medio abstracto y difuso en el que todo objeto sólido —paredes, muebles, etc.— se ha fundido en la pantalla digital. Las armas que emplean el diámetro estándar de la OTAN —5,56 mm— son complementadas por el uso de un diámetro 7,62 mm, que es capaz de atravesar el cemento, la madera y el adobe sin producir una desviación excesiva en la trayectoria del

[1] Zuri Dar y Oded Hermoni, «Israeli Start-Up Develops Technology to See Through Walls», *Ha'aretz*, 1 julio de 2004; Amir Golan, «The Components of the Ability to Fight in Urban Areas», *Ma'arachot*, julio de 2002. También la DARPA, Agencia Norteamericana de Defensa para Proyectos de Investigación Avanzada, ha lanzado el programa VisiBuilding para promover el desarrollo de tecnologías sensoriales que puedan escanear estructuras a distancia y crear una visión detallada de su interior. Véase: Ross Stapleton-Gray, «Mobile Mapping: Looking through Walls for On-site Reconnaissance», *The Journal for Net Centric Warfare*, 11 de septiembre de 2006.

proyectil. Estas prácticas y tecnologías tendrán un efecto radical en la relación de las prácticas militares con la arquitectura y con las técnicas de construcción ambiental. Y estos instrumentos de «transparencia literal» son las principales herramientas de un proyecto que querría producir un mundo militar de fantasía, fluido y sin límites, en el que el espacio de la ciudad es tan navegable como el océano (o como lo es un videojuego). Al esforzarse por ver lo que hay escondido detrás de los muros, y al disparar a través de ellos, el ejército parece haber intentado elevar las tecnologías contemporáneas al nivel de la metafísica, tratando de moverse más allá del aquí y ahora de la realidad física, colapsando el espacio y el tiempo.

Este deseo de desvelamiento, deseo de ir más allá del muro, podría explicar el interés del ejército en parte de la producción artística y de la teoría estética de los años 60 y 70. Literalmente, las técnicas para atravesar las paredes recuerdan lo que el artista norteamericano Gordon Matta-Clark llamó «desmoronar los muros»[2]. Desde 1971 y hasta

[2] Brian Hatton, «The Problem of our Walls», *The Journal of Architecture* 4 (1999), p. 71; Krzysztof Wodiczko, *Public Address*, Walker Art Centre, Mineápolis, 1991.

su muerte en 1978, Matta-Clark estuvo implicado en la transformación y el desmantelamiento virtual de edificios abandonados. El desarrollo de estas obras, reunidas bajo el título de *Building Cuts*, y el de su trabajo de anarquitectura (arquitectura anárquica), se realizó mediante el empleo de martillos, cinceles y sierras de arco, rebanando edificios y abriendo agujeros en los interiores domésticos e industriales[3]. Esta técnica podría interpretarse como una tentativa de subversión del orden represivo del espacio doméstico, y del poder y la jerarquía que éste encarna. Los «cortes en edificios» de Matta-Clark fueron utilizados para ilustrar las presentaciones del OTRI, yuxtapuestos con los agujeros que las IDF perforaban en los muros de las casas palestinas.

Otras referencias canónicas de la teoría urbana contempladas por el OTRI son las prácticas situacionistas de la *dérive* (un método que consiste en vagar a través de diferentes ambientes de la ciudad, a los que los situacionistas se referían como *espacio psicogeográfico*) y el *détournement* (la adaptación de los edificios al propósito de usos completamente novedosos, más allá de aquellos

[3] Pamela M. Lee, *Object to Be Destroyed: The Work of Gordon Matta-Clark*, Cambridge, MIT Press, 2001.

para los que fueron diseñados). Estas ideas fueron concebidas por Guy Debord y otros miembros de la Internacional Situacionista como parte de una estrategia de oposición contra la construcción jerarquizada de las ciudades capitalistas. Su objetivo era demoler las distinciones entre lo público y lo privado, interior y exterior, uso y función, y reemplazarlas por una superficie fluida, volátil, pública y sin límites, a través de la cual el movimiento fuera imprevisible.

También había referencias a la obra de Georges Bataille, que habló del deseo y la necesidad de enfrentarse a la arquitectura: su llamada a las armas habría querido desmantelar el racionalismo rígido de un orden de posguerra, para escapar así de la «camisa de fuerza arquitectónica» y liberar los deseos humanos reprimidos.

Estas tácticas se concibieron con el fin de transgredir el «orden burgués» establecido de la ciudad como un orden planeado y deliberado, en el que el elemento arquitectónico del muro —doméstico, urbano o geopolítico (como el telón de acero que descendió sobre Europa)—, proyectado como barrera sólida y fija, aparecía como encarnación del orden y la represión sociopolítica. No se puede olvidar que, ya que los muros funcionan no sólo como barreras físicas, sino también como

dispositivos de exclusión, tanto de lo visual como de lo auditivo, desde el siglo XVIII han proporcionado la infraestructura material para la construcción de la privacidad y de la subjetividad burguesas[4]. Si los muros intentan contener la entropía natural de lo urbano, romperlos supondría liberar nuevas formas políticas y sociales.

A pesar de que representan un espectro de posiciones, métodos y periodos distintos, Matta-Clark, Bataille, los situacionistas y Tschumi coinciden en su convicción de que es el poder represivo de la ciudad capitalista lo que debe ser subvertido. En manos del ejército israelí, en cambio, las tácticas inspiradas en estos pensadores fueron proyectadas como fundamentación de un ataque contra el frágil hábitat de los refugiados palestinos en estado de sitio. En este contexto, la transgresión de los límites domésticos debe ser entendida como la manifestación extrema de un estado represivo. La interpretación de Hannah Arendt del dominio político en la ciudad clásica concordaría con la equiparación de los muros con la ley y el orden. Según Arendt, la dimensión po-

[4] Robin Evans, «The Rights of Retreat and the Rights of Exclusion: Notes Towards the Definition of the Wall», *Translations from Drawing to Building and Other Essays*, Londres, Architectural Association, 1997, p. 38; Brian Hatton, *op. cit.*, pp. 66-67.

lítica queda garantizada por dos tipos de muros (o leyes que asemejan muros): el muro que rodea la ciudad, el cual define la zona de lo político; y los muros que separan el espacio privado del espacio público, garantizando la autonomía de la dimensión doméstica[5]. La estructura lingüística, casi palindrómica, de la ley/muro[6], ayuda a vincular estas dos nociones en una interdependencia que recuerda la semejanza y la coordinación del entramado arquitectónico y del legal. El desmoronamiento del muro se convierte invariablemente en el derrumbe de la ley. La práctica militar de «atravesar las paredes» —en la escala de la ciudad o de la vivienda— vincula las propiedades físicas de la construcción con la sintaxis, los órdenes arquitectónicos con los sociales y políticos. Las nuevas tecnologías desarrolladas para permitir a los soldados ver organismos vivos a través de las paredes, y para mejorar su capacidad para caminar o para disparar a través de ellas, se ocupan, en efecto, no sólo de la materialidad del muro, sino de su propio concepto. Con un muro que ya no es sólido, ni física ni conceptualmente,

[5] Hannah Arendt, *La condición humana*, Barcelona, Paidós, 2005.

[6] El autor emplea un juego de palabras intraducible al castellano con los términos *wall* (muro) y *law* (ley). En efecto, en inglés, el palíndromo es casi completo: *law-wall* (N. del T.).

o que ya no es legalmente impenetrable, la sintaxis espacial y funcional creada por aquél desaparece. La célebre observación de Agamben sigue los pasos de Arendt: «Desde los campos de concentración no hay retorno posible a la política clásica; en ellos, ciudad y casa se han hecho indiscernibles»[7]. Los agujeros en el muro físico, visual y conceptual abren nuevos dominios al poder político y, en efecto, trazan el más transparente diagrama para el concepto de «estado de excepción».

[7] Giorgio Agamben, *Homo Sacer: el poder soberano y la nuda vida*, Valencia, Pre-Textos, 1998, p. 187.

TEORÍA LETAL

EL EMPLEO MILITAR DE conceptos de orden filosófico o artístico no tiene, por supuesto, nada de novedoso. De Marco Aurelio a Robert McNamara[1], el poder siempre ha encontrado maneras

[1] El de Robert McNamara es un caso especialmente interesante en este contexto, pues durante la administración de JFK llevó a cabo su famosa iniciativa conocida como «los mejores y los más brillantes», por la que numerosos académicos y directores de negocios fueron promovidos y vinculados al poder ejecutivo. Guiado por análisis de sistemas, investigaciones operativas, «teoría de juegos» y gestión orientada por números, el grupo de «chicos listos» de McNamara pensó que la guerra era un negocio racional de costes proyectados, beneficios y ratio de asesinatos, que, en caso de ser maximizados, conducirían a la victoria. A pesar de que, bajo la administración de McNamara, el Pentágono se esforzó por combatir según estos modelos, las guerrillas vietnamitas se negaron a actuar como «consumidores eficaces» en la economía de mercado del Pentágono. De hecho, se piensa a menudo que este enfoque condujo a una innecesaria prolongación de la Guerra de Vietnam. Sobre estas cuestiones pueden verse: Paul Hendrickson, *The Living and the Dead*, Nueva York, Vintage Books, 1997; Yehouda Shenhav, *Manufacturing Rationality*, Oxford, Oxford University Press, 1999.

de utilizar teorías y metodologías concebidas en otros campos. El «soldado-poeta-filósofo» también es un personaje principal en las mitologías sionistas. En los años 70, cuando la educación académica se convirtió en el componente estándar de una carrera militar, los oficiales de alto rango que volvían de los Estados Unidos invocaban la filosofía para describir ocasionalmente el campo de batalla; de hecho, empleaban literalmente el concepto spinozista de «extensión» para referirse a las batallas de ocupación.

Al igual que se hizo en el contexto militar, también en el ámbito de los negocios y la tecnología se empleó la teoría crítica, o al menos su vocabulario, para otros fines distintos a aquellos para los que fue concebida. La educación en humanidades, que suele presentarse como el arma más poderosa para combatir el imperialismo capitalista, a menudo se convierte en la mejor herramienta del mismísimo poder colonial. El caso que presenta este libro es una demostración particularmente espeluznante de aquello que Herbert Marcuse ya advirtiera en 1964, a saber, que con la integración creciente entre los diferentes aspectos de la sociedad, el rechazo y la crítica radical pueden ser igualmente subsumidos e integrados estratégicamente como un instrumento

al servicio de la hegemonía del poder —en este caso, se trataría de la absorción y la transformación de la teoría posmoderna y poscolonial por parte de un Estado colonial[2]—.

Esto no significa, por supuesto, que haya que culpar de las recientes agresiones israelíes contra palestinos a los teóricos radicales y a los artistas, o cuestionar la pureza de sus intenciones. Tampoco pretendo corregir las imprecisiones y exageraciones de la lectura, el empleo y la interpretación militar de teorías específicas. Me interesa más bien comprender los distintos modos mediante los cuales la teoría, sacada de su contexto ético/político, puede actuar dentro del orden militar.

La función táctica de la teoría, es decir, el nivel en el que influye en las estrategias y las maniobras militares, está conectada con cuestiones más generales sobre la propia relación entre teoría y

[2] «Con la integración creciente de la sociedad industrial, estas categorías están perdiendo su connotación crítica y tienden a convertirse en términos descriptivos y a un tiempo engañosos. Confrontados con el carácter totalizante de la sociedad industrial avanzada, la teoría crítica se ha quedado sin su base para trascenderse a sí misma. El vacío ahueca la propia teoría, porque las categorías de la teoría crítica social se desarrollaron durante el periodo en el que la necesidad de rechazo y subversión se encarnaba en la acción de las fuerzas sociales efectivas». Herbert Marcuse, *El hombre unidimensional*, Madrid, Ariel, 2010.

práctica. No obstante, si las nuevas tácticas de las IDF son el resultado de una traducción directa de la teoría posmoderna a la práctica, deberíamos ver cómo esas tácticas dan lugar a una ruptura general con las tácticas tradicionales. Pero lo cierto es que en realidad constituyen una continuación, más o menos remozada, de muchos de los procedimientos y procesos que históricamente han formado parte de las operaciones militares urbanas. A pesar de que los conceptos «atravesar los muros», «enjambrar» y otros términos referidos a la no linealidad militar pueden implicar algunos cambios estructurales en la organización militar, afirmar que estos desarrollos constituyen transformaciones radicales sería sobrevalorarlos. Y esta perspectiva debería llevarnos a cuestionar el verdadero lugar de la teoría como una fuente generativa para la práctica militar.

Ya los defensores de la comuna de París, como aquellos de la Kasba de Argel, Hue, Beirut, Jenín y Nablus, navegaron por la ciudad en grupos pequeños y apenas coordinados, desplazándose a través de aberturas y conexiones entre las casas, sótanos y patios, utilizando rutas alternativas, pasajes secretos y puertas trampa. La película de 1966 de Gillo Pontecorvo, *La batalla de Argel*, y el libro sobre Argelia de Alistair Horne,

Una guerra salvaje para la paz[3], describen dichas maniobras y, hoy en día, constituyen materiales utilizados por el ejército norteamericano y las IDF. Como curiosidad, cabe añadir que esta forma de entender el desplazamiento en la ciudad inspiró igualmente la manera de moverse —a través de techos y paredes— que llevan a cabo las fuerzas de seguridad en la película *Brazil*, de Terry Gilliam.

Sin embargo, la técnica de atravesar los muros fue registrada incluso antes: en el manual militar del mariscal Thomas Bugeaud, *La guerre des rues et des maisons*, escrito en 1849 en el contexto de las tácticas de insurgencia empleadas en las batallas urbanas derivadas de los conflictos de clase en el siglo XIX en París. «¿Son las barricadas demasiado resistentes como para ser superadas por los *tirailleurs*[4]? En ese caso entraremos en las primeras casas alineadas en cualquier lado de la calle, y es aquí donde el detonador constituye una gran ventaja. Subiremos al piso superior y reventaremos sistemáticamente todas las paredes. De este modo conseguiremos atravesar

[3] Alistair Horne, *A Savage War of Peace: Algeria 1954-1962*, Nueva York, The Viking Press, 1978.

[4] Infantería ligera comandada por lo general por soldados traídos de las colonias francesas (N. del T.).

la barricada»[5]. Al otro lado de las barricadas y una década más tarde, Louis-August Blanqui incluyó estas maniobras microtácticas en su *Instructions pour une prise d'armes*[6]. Para Blanqui, la barricada y la madriguera eran elementos complementarios, empleados para la protección de enclaves urbanos autárquicos. Esto fue posible gracias a una completa inversión de la sintaxis urbana. Los elementos de circulación (adoquines y carruajes) se convirtieron en elementos de bloqueo (barricadas), mientras que los ya existentes (los muros) se convirtieron en rutas. El combate en la ciudad y para la ciudad se equilibró gracias a la habilidad para interpretar y reinterpretar esa misma ciudad. La ciudad no era ya simplemente el lugar de la guerra, sino su medio y, en último término, su aparato. De igual modo, la idea de atravesar los muros, tal y como insistió el arquitecto israelí

[5] Mariscal Thomas Bugeaud, *La guerre des rues et des maisons*, París, J.-P. Rocher, 1997. El manuscrito fue escrito en 1849, tras el fracaso de las fuerzas del orden a la hora de enfrentarse eficazmente a los alzamientos de 1848. No consiguió encontrar un editor para la publicación, pero distribuyó una edición limitada entre sus amigos. En el texto, Bugeaud sugirió la ampliación de las calles parisinas y la eliminación de las esquinas de los edificios situados en cruces estratégicos, con el fin de permitir un campo de visión más amplio. Ésta y otras sugerencias fueron implementadas por Haussmann algunos años más tarde.

[6] Louis-Auguste Blanqui, *Instructions pour une prise d'armes*, París, Société encyclopédique française, 1972.

Sharon Rotbard, ha sido reinventada casi en cada batalla urbana de la historia, y siempre en respuesta a las necesidades locales y a las condiciones del combate[7]. En Palestina, es posible que su primera utilización date de abril de 1948, durante una batalla por la ocupación de Jaffa librada por el grupo sionista Irgún o «Banda del Comienzo», como lo llamaban los británicos. Sus zapadores crearon «túneles en la superficie», entre los muros de las casas y a través del tejido urbano, enterraron explosivos a lo largo del camino, y los hicieron explotar para crear una franja más ancha de escombros que llegara hasta el mar, cortando así el vecindario norte de Jaffa, Mashinya, y separándolo del resto de la ciudad[8].

Las reivindicaciones de no linealidad y de la «ruptura con las jerarquías verticales» en la guerra contemporánea también han sido enormemente exageradas. Más allá de la retórica de la «autogestión», las redes militares continúan en buena medida estructuradas mediante unidades jerárquicas, según el modelo institucional tradicional. Por

[7] Sharon Rotbard, *White City, Black City*, Tel Aviv, Babel Press, 2005, p. 178 [hebreo].

[8] Benjamin Runkle, «Jaffa, 1948, Urban Combat in the Israeli War of Independence», en Col. John Antal y Maj. Bradley Gericke (eds.), *City Fights*, Nueva York, Ballantine Books, 2003, p. 297.

supuesto, las unidades aún reciben órdenes y siguen planes y cronologías. El enjambre no lineal se ejecuta en la fase táctica final de un sistema inherentemente jerárquico[9]. En el caso de Cisjordania, algunas maniobras no lineales pudieron ser asumidas porque el ejército israelí aún controla todas las líneas de abastecimiento —las carreteras de Cisjordania y aquellas que la conectan con las grandes bases en territorio israelí—. De hecho, lo que los militares llaman «redes» (refiriéndose a la cooperación no jerárquica de unidades dispersas) debería técnicamente ser designado como «sistemas», que son estructuras distribuidas con un comando central.

Más aún, la técnica del enjambre y la que lleva a atravesar los muros pueden ser exitosas en un primer momento, cuando el enemigo es relativamente débil y está desorganizado, y, sobre todo, cuando el equilibrio entre la tecnología, el entrenamiento y la fuerza cae claramente del lado del ejército. Durante los años de la Intifada, las fuerzas de ocupación continuaron imaginando los

[9] Para más información, véase: Ryan Bishop, «The Vertical Order Has Come to an End: The Insignia of the Military C3I and Urbanism in Global Networks», en Ryan Bishop, John Phillips y Wei-Wei Yeo, *Beyond Description: Space Historicity Singapore, Architext Series*, Londres y Nueva York, Routledge, 2004, pp. 60-78.

ataques contra guerrillas palestinas apenas armadas y sobre civiles asustados en sus casas como si fueran verdaderas «batallas», fanfarroneando de sus logros como si se tratara de grandes victorias militares. La *hybris* de aquellos que fueron coronados como héroes durante esas operaciones sólo pudo ocultar durante algún tiempo el gran *impasse* y la futilidad a largo plazo que supone esta estrategia, la estupidez política, la crudeza militar y el desperdicio de vidas y de dignidad.

El trabajo de vigilancia constante, entendido como una operación estrictamente militar, redujo también el tiempo de entrenamiento de las unidades de combate. Los años invertidos en atacar a las débiles organizaciones palestinas, como si se tratara de un «Gran Juego» para las IDF, fueron una de las causas de la incompetencia demostrada por esos mismos oficiales y soldados israelíes cuando se enfrentaron en el Líbano, durante el verano de 2006, a combatientes de Hezbolá, más fuertes, mejor armados y bien entrenados. De hecho, los dos oficiales responsables, en gran medida, del fracaso de las operaciones de aquel verano en Gaza y en el Líbano no son otros que los dos «genios» israelíes, graduados en el OTRI y veteranos de los ataques a Balata y Nablus en 2002: Aviv Kochavi (comandante de la división de Gaza

en verano de 2006) y Gal Hirsch (comandante de la división norte Galilea 91 en el mismo periodo). Además, bajo el mando de Kochavi, se produjo el secuestro de un soldado israelí por las guerrillas palestinas en junio de 2006, gracias a la construcción de unos túneles bajo las fortificaciones de las IDF; y, poco después, en el área de comando de Hirsch, tuvo lugar el secuestro de dos soldados israelíes por parte de Hezbolá. Kochavi, que dirigió los consiguientes ataques punitivos sobre Gaza, insistió en permanecer fiel a su lenguaje ofuscado: «Nuestra intención con esta operación es crear el caos en el lado palestino, saltar de un lado a otro, abandonar el terreno y regresar. Utilizaremos todas las ventajas de la *incursión*, más que las de una *ocupación*»[10]. Pese a haber conseguido causar cientos de bajas civiles y destruir las infraestructuras esenciales, el ataque fracasó a la hora de traer a los soldados de vuelta o detener los cohetes palestinos. Como un eco del frente libanés, Hirsch también invocó las bondades de «la incursión en lugar de la ocupación», ordenando que los batallones recientemente unidos bajo su mando y desacostumbrados al len-

[10] Hannan Greenberg, «The Commander of the Gaza Division: The Palestinians are in shock», *Ynet*, 7 de julio de 2006.

guaje que adquirió en el OTRI, enjambraran e infestaran las áreas urbanas del sur del Líbano. Sus subordinados no entendieron el significado de estos términos: no tenían la más mínima idea de qué debían hacer exactamente o en qué dirección debían disparar.

En una investigación interna de las IDF liderada por Amiram Levide, miembro retirado de las fuerzas especiales y actual comandante de la división norte, se observó que «el sistema operativo de las IDF está construido actualmente en torno al supuesto *genio* y *talento* de algunos altos mandos». Allí se acusaba a las claras a este grupo de militares de haber monopolizado el uso del conocimiento y el pensamiento dentro de las IDF, orientándolo en un sentido muy concreto con vistas al desarrollo operativo de la institución. Se concluía que «las IDF deben abandonar inmediatamente esta jerga oscura y equívoca, así como el enfoque general que ésta soporta»[11].

Tras el fin de la guerra del Líbano en 2006, Hirsch fue criticado abiertamente por su carácter arrogante, su intelectualismo desmedido, y fue forzado a renunciar a su carrera militar. El propio Naveh, al hacer balance de los resultados, admitió

[11] Ibíd., p. 199.

que «la guerra en el Líbano fue un fracaso y, en gran medida, responsabilidad mía. Lo que aportamos a las IDF no funcionó»[12]. De hecho, la campaña israelí en el Líbano fue un caos. El bombardeo continuo e intenso por parte de un ejército israelí cada vez más frustrado transformó los pueblos libaneses y las ciudades fronterizas en una topografía dentada de cemento, cristales y metal deformado. Dentro de este extraño paisaje, las colinas de escombros aparecían llenas de agujeros, con cavidades y habitaciones sepultadas, que ofrecían mayor protección a los defensores. Los combatientes de Hezbolá, ellos mismos enjambrándose a través de los escombros y el detritus, a través de sótanos subterráneos y túneles preparados por ellos mismos, estudiaban los movimientos de los soldados israelíes y les atacaban con armas antitanque en el preciso instante en el que entraban al interior de las casas y trataban de avanzar entre ellas a través de los muros, según acostumbraban a hacer en las ciudades y campos de refugiados de Cisjordania.

[12] Amir Rapaport, «Dan Halutz is a Bluff, Interview with Shimon Naveh», *Ma'ariv*, 1 de octubre de 2006.

CONFLICTOS INSTITUCIONALES

COMO HE TRATADO DE demostrar, el ejército israelí no necesitaba a Deleuze para atacar Nablus. Al fin y al cabo, en la realidad de las operaciones militares, como remarcara sarcásticamente Paul Hirst, «las máquinas de guerra persiguen el petróleo y el carbón»[1], mientras que «los cuerpos sin órganos» denotan bajas. Sin embargo, la teoría crítica posmoderna, en el caso de la transformación contemporánea en las IDF, proporcionó

[1] «Por lo general, las redes están trufadas de jerarquías, los nómadas siguen con sus camellos y sus incursiones, y las máquinas de guerra persiguen el carbón y el petróleo». Paul Hirst, *Space and Power: Politics, War and Architecture*, Londres, Polity Press, 2005, p. 4.

al ejército un nuevo lenguaje para comunicarse consigo mismo y con otros. Ese lenguaje le ha ayudado a articular nuevas ideas y sensibilidades, pero, ante todo, ha servido para explicar, justificar y comunicar ideas que emergen independientemente en distintos campos de la experiencia militar y el conocimiento práctico. En este sentido, resulta especialmente reveladora una de las respuestas de Naveh durante nuestra entrevista. Cuando le pregunté por la incompatibilidad de los fundamentos ideológicos y políticos de las teorías que empleaba, respondió: «Debemos diferenciar entre el hechizo de la ideología y aquello que ésta produce y puede ser rescatado para su empleo militar. Las teorías no sólo persiguen un ideal sociopolítico con el que podemos estar o no de acuerdo, sino que también se basan en principios metodológicos que intentan trastocar y subvertir el orden político, social, cultural y militar. La potencia negativa en la teoría [en algún otro lugar Naveh habla de la "potencia nihilista de la teoría"] es el aspecto que preferimos y que utilizamos. Esta parte de la teoría no está comprometida, por ejemplo, con ningún ideal socialista o marxista». Cuando Naveh emplea los términos *negativa* y *nihilista* para explicar su empleo de la teoría, lo que está en juego es algo más que el sim-

ple ataque a los palestinos. La teoría funciona aquí no sólo como una herramienta en el conflicto contra los palestinos, sino principalmente como un instrumento para las luchas de poder dentro del propio ejército. La teoría crítica proporciona al ejército (como hizo antaño la academia) un nuevo lenguaje con el que puede desafiar las doctrinas militares existentes, romper dogmas anquilosados e invertir las jerarquías institucionales con su «monopolio» sobre el conocimiento.

Durante la década de los 90, cuando los ejércitos atravesaban un proceso de reestructuración y especialización basado en la integración de alta tecnología y nuevos procesos informáticos (una transformación promovida por neoconservadores como Donald Rumsfeld), tuvieron que enfrentarse a una gran oposición desde el interior de sus propias instituciones. Recientemente, esta oposición se aceleró en el contexto de los fracasos estadounidenses en Irak. Durante los primeros años de la década de los 90, las IDF sufrieron conflictos institucionales en el contexto de sus propias transformaciones. En el interior de estos conflictos, el lenguaje de la teoría posestructuralista fue empleado para articular la crítica del sistema existente, para argumentar a favor de las transformaciones y para llamar a futuras

reorganizaciones[2]. Naveh lo admitió al afirmar que el OTRI «empleó la teoría crítica ante todo con el fin de criticar a la propia institución militar, es decir, sus fundamentos conceptuales, rígidos y pesados».

Algunos de estos conflictos internos de las IDF fueron expuestos públicamente en el contexto de la controversia mediática que rodeó la clausura del OTRI en mayo de 2006, así como la destitución de Naveh y de su codirector, Dovik Tamari, semanas antes de que comenzara la Guerra del Líbano, que culminaría con la renuncia de Hirsch unos meses más tarde. Estos debates sacaron a la luz las graves deficiencias que podían ser achacadas a las IDF, muchas de las cuales estaban asociadas con decisiones y planteamientos de los oficiales vinculados al OTRI, para quienes Naveh fue como una suerte de gurú. Oficialmente, la destitución de Naveh fue la respuesta de Dan Halutz, jefe de gabinete, a una versión anterior del

[2] Naveh lo explicó con una metáfora extraída de la teología hebrea: se trata de un «conflicto institucional entre Hassidim y Mitnagdim...». En hebreo, Mitnagdim significa «oponentes» y es un término utilizado para referirse a los judíos ortodoxos asquenazís que se opusieron, desde finales del siglo XVIII, a las nuevas prácticas religiosas del judaísmo hasídico. El término se utiliza generalmente para hablar de los conflictos institucionales internos entre judíos innovadores y conservadores.

informe del interventor del Estado, Michael Lindenstrauss, sobre la situación del entrenamiento de los oficiales. El informe acusaba al OTRI de impartir sus clases oralmente, en lecciones y seminarios, sin publicar un libro o un diccionario de términos que pudiera facilitar la comprensión de su terminología compleja y ambigua, de manera que sus conceptos eran vagos y se enfrentaban al «peligro de la confusión y la diversidad de interpretaciones» (lo cual puede ser leído como un elogio de la escuela posmoderna y su resistencia a ser fácilmente colonizada). Otras secciones del informe acusaban a Naveh y Tamari de algunas irregularidades organizativas de las que posteriormente fueron absueltos[3]. La clausura del instituto tuvo que ver con el hecho de que el OTRI estaba asociado con el antiguo jefe de gabinete, y rival de Halutz, Moshe Ya'alon, que había puesto el instituto en el centro del proceso

[3] El interventor del Estado exigió explicaciones del hecho de que Naveh también trabajara a tiempo parcial en la Universidad de Tel Aviv, y de los altos sueldos que los investigadores recibían por sus horas extra. Una investigación llevada a cabo por el subcomandante de recursos humanos de las IDF libró al OTRI de la sospecha, pero de algún modo la investigación se filtró desde el gabinete general a la prensa. Véase: Caroline Glick, *op. cit*. En la actualidad, Naveh trabaja para el Comando de Desarrollo del Cuerpo de Marines Norteamericanos como mentor *senior*, ayudándoles en su experimento estratégico llamado «Guerrero Expedicionario».

de transformación de las IDF. Halutz no se enfrentó directamente a los conceptos teóricos producidos por el OTRI, pero su crítica estaba articulada por el antiguo comandante de las Universidades de Defensa Nacional, Ya'akov Amidror. Amidror, en la actualidad analista de seguridad en el ámbito privado, fue uno de los primeros generales afiliados al movimiento nacional religioso y al movimiento colonial de derechas. La posición de Amidror con respecto al control territorial es diametralmente opuesta a la del OTRI: repitió una y otra vez que «no se puede combatir el terror sin presencia física y control del territorio»[4], y por ello se opuso continuamente a la retirada del territorio ocupado. Con respecto al OTRI, pensaba que la «complejidad teórica» está en total contradicción con la lógica operativa del poder: «Es bueno que el instituto [OTRI] haya cerrado, porque sus efectos sobre el ejército han sido catastróficos. Allí se hablaba una jerga incomprensible en lugar de un lenguaje claro, no querían diferenciar la verdad de la falsedad, siguiendo la mejor tradición posmoderna que introdujeron en las IDF. De veras que envidio a

[4] Ya'akov Amidror, «There is no Remote Control Wars», *Ha'aretz*, 4 de julio de 2006.

cualquiera que sea capaz de comprender sus enseñanzas, porque esto va más allá de mis capacidades»[5]. A juicio de Naveh, en cambio, Amidror ejemplifica «la idealización del empirismo militar, el rechazo del estudio teórico y la investigación crítica, la impaciencia ante el discurso intelectual, la falta de respeto por la teoría literaria y la intolerancia con el discurso filosófico». Al margen de otras razones que pudieran estar en juego, Naveh hizo ver su destitución como «un golpe contra el OTRI y contra la teoría y la investigación». Otro oficial de alto rango admitió más tarde que, al conocer las teorías del OTRI, había asistido a «la creación de una nueva realidad militar, similar a la revolución einsteniana que había puesto el mundo patas arriba: la ocupación es una desventaja, el tradicional balance numérico es historia antigua y resulta tan relevante como lo es la física newtoniana para los viajes en el espacio»[6].

Si tomamos en consideración algunos términos como *ocupación* o *presencia territorial*, el debate militar parece estar ligado, más ampliamente, a las diferencias políticas actuales dentro de la sociedad israelí en su conjunto. Naveh, junto

[5] Ya'akov Amidror, «Catastrophe to Military Thought», *Makor Rishon*, 2 de julio de 2006.
[6] Ibíd., p. 200.

con la mayoría de sus antiguos colegas del OTRI, forma parte de lo que en Israel se conoce como «izquierda sionista», que apoya la retirada de los territorios ocupados. Kochavi, que aceptó entusiasmado el mando de una operación militar para evacuar y destruir los asentamientos de Gaza, también es considerado un sionista «de izquierdas», a pesar de las atrocidades de las que fue acusado en Gaza al año siguiente. Alguno de los conflictos relativos a la aplicación de la teoría dentro de las IDF se corresponde con enfrentamientos políticos dentro del ejército. Pero los lectores no deberían considerar a los oficiales israelíes de izquierdas como una alternativa esperanzadora a la brutalidad de las IDF. De hecho, se trata más bien de lo contrario. Una simple comparación entre los dos ataques de 2002 sobre Jenín y Nablus podría revelar la paradoja que convertiría a los oficiales «desterritoriales» e «inteligentes» en los más temibles: un agujero en la pared puede ser menos destructivo que el derrumbe de la casa entera, pero si las fuerzas de ocupación no fueran capaces de entrar en los campos de refugiados sin tener que echarlos abajo, tal y como ocurrió en Jenín, y teniendo en cuenta la oposición local e internacional a este tipo de operaciones, lo más probable es que evitaran atacar los

campos de refugiados, o que al menos no lo hicieran tan frecuentemente como lo hacen ahora que han encontrado la herramienta para realizar estas operaciones de forma «más barata». Es decir, casi a diario. En este sentido, la logística militar de la izquierda israelí presentó al Gobierno una solución táctica para un problema político.

En los términos de esta necro-economía, los ataques se presentan como un «mal menor» alternativo frente a la destrucción brutal de vidas y del tejido urbano. Sin embargo, como ya sugirió el filósofo israelí Adi Ophir, esta concepción del mal menor es problemática, incluso en los términos «económicos» que ellos mismos proponen[7]. El supuesto mal menor siempre puede llegar a ser más violento que la violencia a la que se opone. Una medida menos brutal puede ser fácilmente naturalizada, aceptada y tolerada. Y cuando los métodos excepcionales se normalizan pueden ser aplicados con más frecuencia. De manera que los males menores podrían conducirnos a males mayores, incluso aceptando la regla económica invocada por quienes los proponen.

Igualmente, la supuesta capacidad militar para ejecutar acciones destructivas de carácter selectivo

[7] Adi Ophir, *The Order of Evils*, Cambridge, MIT Press, 2005.

y asesinatos «controlados», «elegantes», certeros hasta el milímetro y discriminados, podría generar más destrucción y muerte que las estrategias tradicionales, porque estos métodos, combinados con la retórica manipuladora y eufórica utilizada para promulgarlos, inducen a los agentes que han de tomar decisiones a autorizar un uso frecuente y extenso. Cuanto más bajo se cree que es el umbral de la violencia de ciertos medios, más frecuentemente son aplicados. Los promotores de los instrumentos, las técnicas y el apoyo retórico relativos a los llamados «males menores» creen que, desarrollándolos y perfeccionándolos, ejercen de hecho un impacto restrictivo sobre el Gobierno y sobre el resto de las fuerzas de seguridad, que de otro modo vencerían en su empeño de radicalizar aún más la violencia. La destrucción según objetivos precisos se presenta como la alternativa más moderada a la capacidad de destrucción devastadora que actualmente posee el ejército, y que se desataría en caso de que el enemigo excediera los niveles aceptables de violencia o transgrediera algún tipo de acuerdo táctico en el discurrir violento de ataques y represalias.

Uno de los objetivos principales de las nuevas tácticas desarrolladas por el OTRI fue liberar a

Israel de la necesidad de estar físicamente presente en los territorios palestinos, sin dejar de mantener un control de seguridad pleno. En opinión de Naveh, el paradigma operativo de las IDF debería intentar reemplazar la presencia en los territorios ocupados con la capacidad para desplazarse a través de ellos, y producir en ellos lo que denominó «efectos», que son «operaciones militares como ataques aéreos o incursiones de comandos de asalto que afectan desde un punto de vista psicológico y organizativo al enemigo». Las tácticas desarrolladas en el OTRI y en otros institutos, bajo el mando de las IDF, intentan generar herramientas para reemplazar el antiguo modo de dominación territorial por un modelo más novedoso de dominación desterritorializado, lo que el OTRI denominó «ocupación mediante la desaparición».

Pero las condiciones israelíes para alcanzar cualquier tipo de pacto territorial, retirada parcial o establecimiento de fronteras temporales, tal y como ha demostrado la reciente invasión de Gaza tras su previa evacuación, están caracterizadas por su habilidad para anular el compromiso y entrar en los territorios en caso de que se produzca una situación que consideren de emergencia. En los Acuerdo de Oslo, el compromiso

de Israel de retirarse de las ciudades y pueblos palestinos fue acompañado por una cláusula de excepción que garantiza su derecho, en circunstancias que ellos mismos pueden determinar, a la «persecución implacable», es decir, el derecho a entrar en las áreas palestinas, penetrar en los vecindarios y en las casas buscando sospechosos, y llevarse a estos últimos bajo custodia con el fin de interrogarlos y detenerlos en Israel.

En relación al muro que podría levantarse para marcar el límite de un Estado fragmentado y temporalmente palestino, Naveh afirmó: «Sea cual sea el camino que tomen los políticos para acordar construir un muro, yo estoy de acuerdo. Estoy de acuerdo siempre que nosotros podamos atravesar ese muro cuando queramos. No necesitamos estar allí, sino ser capaces de actuar allí. La retirada no puede ser el punto final».

La condición previa de las IDF para una retirada —tal como resume el comentario de Naveh: «siempre y cuando podamos atravesar ese muro»— implica una marcha condicionada que podría ser anulada tan rápidamente como ha sido asumida. Mientras el muro sea visto como algo constantemente permeable y transparente sólo desde uno de sus lados, Israel seguirá siendo soberana sobre los territorios palestinos, aunque

sólo sea porque es el propio Israel el que puede declarar la excepción que le permitirá anular el estatuto legal de esta frontera. En este sentido, este enorme «muro estatal» ha sido conceptualizado en términos similares a los de las casas edificadas de los territorios: un medio transparente y permeable que permite al ejército israelí atravesarlo «suavemente». Cuando Kochavi afirma que «el espacio no es más que interpretación», y que su movimiento a través del tejido urbano reinterpreta elementos arquitectónicos (paredes, ventanas y puertas); o cuando Naveh afirma que asumiría cualquier frontera siempre que pudiera cruzarla, están empleando un enfoque teórico transgresor para sugerir que la guerra ya no versa sobre la destrucción del espacio, sino, más bien, sobre su reorganización. La «geometría inversa» concebida para «darle la vuelta» a la ciudad, reestructurando sus espacios públicos y privados, plegaría entonces de igual manera al Estado palestino dentro del concepto de seguridad israelí, y lo sometería a una constante transgresión como consecuencia del ir y venir a través de sus muros.